

# EN LA MIRA

Flavia Uran



"SÉ VALIENTE, SÉ CAPAZ. SÉ FUERTE"



# Capítulo 1

Esa noche era la víspera de mi decimoctavo cumpleaños, yacía acurrucada en mi cama ante los conocidos estruendos que ocurrían en la sala principal de la pequeña casa. Era noche de póquer, mi padre lo solía hacer todos los domingos y traía con ello a sus nefastos amigos drogadictos.

Se escuchaban gritos, risas histéricas y ruidos de objetos rompiéndose; algunas noches sus agradables amigos contrataban a una o dos strippers para alegrar la ocasión, hoy era una de ellas ya que se oían gemidos.

Sus viejos amigos me conocían y más de una vez me echaron el ojo afirmando lo atractiva que era, hubo una noche que uno intentó entrar a mi habitación y desde ese día coloqué una pesada cómoda para que sujetara la puerta.

Desde que mi madre falleció hace cinco años, mi padre cambió completamente, gracias a la bebida se volvió violento y con su adicción a las drogas se metía en cosas ilegales. Desde ese entonces tuve que madurar rápido, conseguí trabajo como ayudante en un comercio, me encargué de las cosas de la casa y de él; aunque no se lo mereciera, aún era mi padre.

Durante cinco años anhelaba este día, era completamente libre de ir o hacer lo que mi corazón deseaba. Las clases habían terminado y no iba a concurrir a alguna universidad como era debido, sino que mandé mi solicitud para la marina de los Estados Unidos.

Los ruidos nocturnos cesaron y por fin podía conciliar el sueño, observando mi póster de una sexy mujer marine mis ojos se fueron cerrando, solté un suspiro suplicando que todo cambiara mañana. En mi cumpleaños.

Al día siguiente me levanté a las seis de la mañana y me alisté para concurrir a trabajar, empujé con fuerza la cómoda y salí de la habitación. La imagen que se me presentó era muy conocida, olor a cigarros y a whiskey derramado, la mesa patas para arriba y en el cuarto de estar los viejos durmiendo semidesnudos, como supuse las dos strippers aún estaban ahí completamente desnudas, pude notar que eran chicas jóvenes. Inmediatamente salí de ahí pensando en esas chicas ¿cómo no se podían valorar? ¿Terminaría así si me quedaba estancada en este barrio?

Llegué al trabajo puntual como todos los días, los amables dueños me

esperaban con una torta en forma de corazón y con un 18 en el medio.

— ¡Feliz Cumpleaños! — gritaron al unísono.

Mis ojos se llenaron de lágrimas al instante, después de que mi madre me dejó sola ya no me interesaba cumplir años, pero al fin y al cabo para todo ser humano es un día especial.

Corrí a abrazarlos inmediatamente, los iba a extrañar cuando me fuera de ese temeroso barrio. Eran lo más parecido a una familia que tenía.

Pasaron algunas horas y yo trabajaba distraídamente, se suponía que hoy tendría que llegar mi carta de admisión, como destinatario coloqué al comercio ya que si mi padre lo llegaba a descubrir encontraría la forma de que no me enterase.

Terminó el día y me fui a casa desilusionada, caminaba arrastrando la mochila sin ánimo por la arenosa calle, deseaba tanto irme de este lugar, pero siempre que lo anhelaba demasiado me estancaba aún más.

Llegué a mi hogar, esos viejos borrachos ya se habían marchado, pero seguía todo desordenado y mal oliente. Encontré en la mesada de la cocina una tarta casera envuelta en un desconocido repasador, volteé mi cabeza hacia la recámara de mi padre, sabía a ciencia cierta que mi viuda vecina estaba aquí. Anoche se divertieron sus amigos y hoy le tocaba a él.

Todas las veces que se encontraba con mi padre me traía comida y como una chica sensata no la tocaba ni con los ojos. Esa señora fue la que condujo a mi padre a las drogas y conociéndola sabía que la ponía en cada una de sus comidas, si hubiera llegado a probar alguna, mi plan de largarme de aquí habría fallado.

Después de ventilar la casa y colocar cada cosa en su lugar me preparé algo decente para comer y me dirigí a mi cuarto. Apenas eran las cinco de la tarde y aún seguía pensando en mi carta, el correo repartía hasta las seis, deseaba con ganas volver al centro de la ciudad, pero la ida caminando me duraba más de media hora y al volver ya anochecía y en el barrio en que vivía me era difícil caminar sin pensar que algo me podría pasar.

Esa era una de las razones por la cual quería ser militar, no tener miedo.

Una hora después me dormí escuchando a The Cranberries con Zombie, la música en mis oídos amortiguaba los sonidos del cuarto contiguo.

Algo inesperado me despertó de mi sueño, mi celular marcaba las 22:05 de la noche, media dormida me dirigí a la ventana donde alguien tocaba con piedras. Me asomé a través de ella y encontré a Jason parado en la

reja, sonreí, me abrigué rápidamente y con cuidado me escabullí.

Jason era mi amigo desde los 10 años, era alto, moreno y la bandana roja que tenía como vincha en su cabeza afirmaba pertenecer a una pandilla, era lo común para un chico de su edad en este barrio pobre.

—Feliz Cumpleaños Chiquita — me abrazó dulcemente.

—gracias — le agradecí besando su mejilla.

—¡vamos! — dijo agarrando mi mano.

Me mordí el labio y me dejé llevar, con él a mi lado no me tendría que preocupar de los peligros que acechaban, sus fuertes brazos me habían protegido siempre.

Luego de caminar por un oscuro sendero llegamos al lago donde solíamos nadar de niños, me tomó desprevenida por atrás y deslizó una fría cadena por mi cuello, volteé descolocada y lo miré, sus dulces ojos marrones añoraban felicidad, sujeté la cadena y observé el dije que en ella colgaba, una linda mariposa con piedras rosadas.

—te voy a extrañar — le dije mientras me hundí en sus brazos.

Jason reaccionó a mis palabras sujetando mi cara con ambas manos.

—te mereces más que nadie salir de este agujero.

Una lágrima brotó de mí, no por sus palabras sino del miedo de que nunca llegara esa carta.

Una hora después de estar en el lago, los turbios compañeros de Jason vinieron en su búsqueda. Tenía un mal presentimiento sobre eso, lo llevaron a unos pasos alejados de mí y observé como al parecer el líder de ellos se ponía firme. Jason al final de la charla asintió y volteó para regresar hacia mí. Cuando nuestros ojos se conectaron me sonrió, pero en su mirada noté algo que no me gustaba. Preocupación.

—vamos, te llevaré a tu casa.

—¿está todo bien? — pregunté cuando comenzamos a marcharnos.

Él asintió seriamente y me tomó de la mano, por un momento titubeó, pero la sujetó con fuerza.

Claro estaba que algo no se encontraba bien.

Al llegar a casa, él suspiró y nuestras miradas chocaron una vez más.

—prométeme que pase lo que pase te alejarás de acá— exigió desesperado.

—no me vas a decir que está mal ¿verdad?

—no, esta vez no— dijo secamente.

Con sus frías manos tocó la cadena que me regaló y mi cuerpo tembló.

—te quiero Amelia — concluyó y en un impulso sus labios tocaron los míos.

Se movía lento y seguí su ritmo, era mi primer beso y él lo sabía, acarició mi mejilla mientras me besaba y un segundo después se alejó.

Estaba parada con mis brazos tendidos a los costados, mi corazón latía a mil por hora. Lo vi alejarse hasta que desapareció en la oscuridad.

*Esa misma noche Jason falleció a causa de un disparo en la cabeza, los que se hacían llamar sus compañeros lo habían mandado a una encrucijada contra unos contrabandistas.*

Unos días después me encontraba frente a su tumba, había llorado todos estos días hasta quedarme sin lágrimas, me culpaba, me culpaba por no rogarle esa noche que se quedara conmigo, me culpaba por no decirle que también lo quería, me culpaba por no tener más tiempo para nosotros. Sollozando me toqué los labios recordando nuestro primer y último beso, comprendí que lo hizo a propósito.

Lo hizo para que no lo olvidara, porque sabía lo que sucedería.

Maldije y recordé lo que le prometí, aún con lágrimas en los ojos y con mi cuerpo temblando lo volví a prometer, no importa si no voy a esa escuela, me iría de ese barrio.

Era viernes y había perdido las esperanzas de contemplar esa carta así que tenía que armar otro plan. Mientras caminaba al trabajo me crucé con la pandilla roja en la que estaba unido Jason, la rabia se apoderó de mí, el líder me miró y me guiñó un ojo, lo miré secamente y mis ganas de deshacerme de ese individuo aumentaron.

Llegué al comercio y mis agradables jefes me esperaban con una enorme sonrisa, junté las cejas sospechando.

La señora Morrison se me acercó con sus manos escondidas, las asomó hasta dejarlas a mi vista y en ellas se encontraba una carta.

Mi corazón dejó de latir, me quedé en completo shock observando la suave carta que sostenían las arrugadas manos de mi jefa.

Un segundo después exhalé con un suspiro, tomé la carta y lentamente la abrí.

Comencé a leerla con temor y angustia.

*"Estimada Amelia Claire Stuart Clarkson, a través de la presente la Escuela de Formación Militar de los Estados Unidos le informa que su solicitud de ingreso ha sido aceptada por los directivos de esta honorable institución."*

Sin terminar de leerla me derrumbé y comencé a llorar, mis queridos jefes supusieron lo peor, pero al ver que también reía se agacharon junto a mí y nos unimos en un gran abrazo.

Sosteniendo mi collar contemplé el cielo, desde algún lugar sabía que Jason estaba orgulloso, sonreí.

Por fin me iría de este lugar.

## Capítulo 2

Con mis maletas en mis manos y a punto de tomarme el micro contemplé el barrio donde me crie, el Bronx.

Justo antes de partir miré hacia mi espalda esperanzada de que mi padre estuviera ahí para despedirme, apreté fuerte mis labios y con mis ojos cerrados me obligué a continuar.

Ya en mi asiento recordé la discusión que tuve con él cuando me descubrió huyendo. Como lo normal, se volvió violento pero mis agallas fueron más fuertes y lo detuve antes de que me forzara emocionalmente a quedarme, al final Joseph se rindió y tendido en sus rodillas me suplicó que no me fuera prometiendo que iba a ser mejor. Esa imagen dio un vuelco a mi corazón, por un momento dudé, tal vez después de todo aún existía el padre que era antes.

Traté de hacerle entender porque lo hacía y si quería empezar a ser un buen padre tendría que darse cuenta de que ese no era un buen lugar para mí. También se lo había prometido a Jason. Iría en busca de mi felicidad. Lo haría también por él.

El micro partió y mi corazón vibró, suspiré acomodando mi cabeza en el asiento, con los ojos cerrados sonreí, por fin había llegado mi hora.

La deseada escuela quedaba en Kitty Hawks, un pueblo en el condado de Dare, Carolina del Norte.

Era famosa por entrenar a los marines más fuertes y en mi cabeza estaba completamente decidida a convertirme en uno de ellos.

Había pasado una hora de viaje y aún quedaban siete más. En mis manos observaba un folleto de mi instituto, al parecer el entrenamiento era muy exigente y duro, las clases teóricas se basaban en estrategias, idiomas, código Morse e historia de guerra en general.

Cansada tomé mi abrigo y lo usé de almohada, lo coloqué junto a la ventanilla y cerré mis ojos por un momento, al abrirlos ya había recorrido más de la mitad del camino.

El micro iba prácticamente vacío y desde el asiento trasero me sentía aislada del mundo, cosa que me agradaba, cogí una barra azucarada y tranquilamente curioseé el paisaje, todo era natural y tranquilo

comparado a los feos edificios que ocupaban mi ciudad.

Por primera vez en mi vida sentí paz.

Unos minutos después se acercaba mi parada, como habíamos acordado, el gentil chofer me acercaría lo posiblemente más cerca del instituto. Al ayudarme con mis maletas me indicó el camino correcto y le agradecí cordialmente, el señor mayor me deseó suerte y continuó su camino.

Con mis maletas a cuestas caminé por la ruta, luego de tres manzanas noté el enorme edificio, su campo de entrenamiento era inmenso y ya se podía notar a los estudiantes uniformados trotando con su tropa y cantando alguna canción humillante.

Caminé hasta formar una fila con otros recién llegados, el coordinador pasaba lista y nos dirigía a un sitio predeterminado.

—nombre recluta— exigió su voz gruesa.

—Stuart Señor, Amelia Stuart.

—muy bien Stuart, bienvenida a la escuela militar Roosevelt, aquí tienes tu uniforme, tu número asignado es el 102 y tu habitación 400B.

—gracias Señor.

Asintió seriamente y me alejé a mi habitación.

Cuando encontré la habitación 400B noté que no era la primera en llegar, una chica con rasgos asiáticos me observó seriamente.

—sabes que este no es un lugar para princesitas ¿verdad? — insinuó mirándome con una ceja arqueada.

Su ironía me tomó desprevenida, sabía que mi complexión física se notaba un poco debilucha pero internamente era más fuerte de lo que aparentaba.

—¿sueles juzgar sin antes conocer a la persona? —pregunté colocando mi maleta en una de las cuatro camas— ¡Cuidado! Te puedes tragar tus propias palabras— le guiñé un ojo sarcásticamente.

Soltó una carcajada.

—me caes bien —afirmó— soy Kim. — Extendió su mano para que la tomara.

—Amelia. — Terminé el saludo.

—¿Alguna experiencia en combate o entrenamiento físico? —preguntó sacando conversación mientras ambas desempacábamos.

—ninguna, solo una vida difícil con la que tuve que lidiar ¿y tú?

—mi padre es militar así que supongo ya te imaginarás. — Dijo con desgano.

En ese instante, una pelirroja alta y robusta entró en la habitación, su cara pecosa irradiaba malicia, su cuerpo era puro músculo comparado con el mío. Paso por delante de nosotros y sin consultarnos deja su maleta en donde había elegido mi cama. Kim me miró para que reaccionara y yo solo encogí los hombros, no iba a pelear en mi primer día por una insignificante cama.

—¡OYE! Ella la eligió primero —le comentó Kim a la extraña chica.

Ella nos miró y curvó irónicamente un extremo de su labio. Noté como el cuerpo de Kim se tensaba y hacía de su mano un puño.

—déjalo Kim, no pasa nada— dije para tratar de tranquilizarla.

—¡NO! Tienes que decirle algo, por eso estas justamente en esta escuela ¿no? — me miró con su furia a punto de explotar.

En parte tenía razón, si dejaba que una temible chica me intimidará el primer día, todos los aspirantes de esta institución lo sabrían y sería comida fácil para el entrenamiento.

Junté coraje y me arrimé.

—ella está en lo correcto —dije sin titubear— esa es mi cama.

La pelirroja se levantó junto a mí para que su enorme talla me pusiera nerviosa, pero algo dentro de mí se encendió. La miré secamente y contuve su dura mirada sin vacilar en ningún momento, un segundo después su cara cambió y sonrió entre dientes.

—okey— dijo su voz media gruesa mientras colocó sus cosas en la cama superior.

Miré a Kim que apretaba los labios temerosa, fruncí el ceño mientras salíamos de la habitación para dirigirnos al campo principal.

—¡no puedo creer que lo hayas hecho! —exclamó— esa chica lucía muy

intimidante, yo no me hubiera atrevido ni loca.

La quedé mirando con la boca abierta -fue ella la que me había incitado a enfrentarla-, pero simplemente esa chica me jugó sucio.

—¿estás bromeando?

Ella negó con sus ojos como platos, no podía creerlo el primer día de mi curso y ya me habían chantajeado.

Nos dirigimos hacía el patio superior, todos los reclutas de primer año - incluyendo a la pelirroja- nos encontrábamos en línea recta esperando a nuestro entrenador. La mayoría eran chicos, las chicas solo éramos seis.

Unos minutos después unos hombres uniformados se nos acercaron.

—buenas tardes — saludó un hombre mayor. Llevaba un uniforme verde y con unas cuantas medallas en él.

—buenas tarde Señor — dijimos al unísono con el típico saludo militar. Ese saludo consistía en llevar la mano derecha con los dedos juntos hacia la sien.

—Soy el General Robert Jefferson. Comandante del Cuerpo de Marines de los Estados Unidos y estoy frente a ustedes para darles personalmente la bienvenida, en estas nueve semanas su entrenamiento será lo bastante duro como para formarlos en verdaderos soldados y luego de trece semanas más se convertirán en completos marines, habrá pruebas con sus debidas calificaciones... —comentó mientras caminaba observándonos detenidamente a cada uno. Cuando llegó hasta mí, tragué saliva ante la presión— ...por los cuáles si no tienen el mérito necesario serán expulsados de inmediato, ivan directo a la guerra muchachos! Éste no es un trabajo para cobardes. — Continuó.

Mientras el comandante seguía observándonos suspiré al creer que pasé por su visto bueno al no comentar nada de mi aspecto de niña buena.

—este pelotón será liderado por uno de los mejores tenientes de la marina, él es conocido como el más duro y severo del equipo y al verlos aquí parados frente a mí, puedo deducir que no muchos aprobarán.

Apreté los labios nerviosa, algo dentro de mi sabía a lo que se refería. Continué mi mirada al frente hasta que alguien me llamó la atención, un chico de unos 25 años se nos acercaba, llevaba un pantalón camuflado color caqui, una camiseta verde con la palabra "marines" que marcaba su cuerpo y una gorra del mismo color. Sin poder apartar la vista de ese

chico el comandante agregó.

—con ustedes, el teniente Chase Houlton del Cuerpo de Marines. Su entrenador.

Nos miró detenidamente a cada uno hasta que sus ojos llegaron hasta mí y su seria cara esbozó una sonrisa irónica, le susurró algo al comandante y volvió a mirar secamente. Estaba parado frente a mí con sus brazos detrás de su espalda.

Sentí como me hice aún más chica de lo que era. Comprendí que este sería un largo año.

## Capítulo 3

Mi primer día en el reclutamiento de Kitty Hawk fue lo bastante intenso como para descansar toda una vida, nuestro duro teniente nos hizo correr por el campo unas cuantas veces por cinco minutos y si algún compañero titubeaba nos tocaba series de flexiones consecutivas. La primera regla es formarnos como un equipo, si uno fallaba, fallábamos todos.

Pasaron los minutos y mi cuerpo dolía, mi entrenador notó la falta de fuerza en mi cuerpo, pero aun así me exigía más. No quería ser la débil chica por la cual mis compañeros pagaran las consecuencias así que me esforcé al límite.

Al llegar a los treinta levantamientos mis brazos temblaron al tal punto de derrumbarme al húmedo césped. Mi cuerpo ya no aguantaba más ejercicio. Era un calvario. De inmediato sentí una fuerte presencia fulminando con la mirada mi nuca, casi sin fuerza levanté mi mentón hasta poder fijar mi vista en él. El chico de ojos cafés yacía junto a mí con sus brazos cruzados. Su gesto serio irradiaba decepción.

—no sirves para estar acá. — Dijo duramente y se alejó sin intentar ayudarme.

Estaba anocheciendo y el teniente reagrupó al pelotón dejándome fuera del asunto. Suspirando me levanté y comencé a dirigirme hasta ellos.

Agradecí cuando el severo oficial había dado por concluida la jornada. Con mis piernas temblando caminé a paso tortuga hasta cruzarme con él.

—esmérate mañana recluta. — Su voz tenía un tono suave comparado con su feroz ojeada, pero por más que lo intentará nunca ha podido sostener mi mirada por más de 3 segundos.

En la cálida ducha recordé a Jason y el día en que intentábamos por primera vez realizar un entrenamiento militar.

Los nuevos reclutas teníamos que realizar el examen de aptitud para poder ser admitido en la escuela, dicho examen implicaba abdominales, flexión de codos y una carrera de 2 millas (3,22 km).

"—vamos Amelia, levanta el trasero y ven hacer los abdominales conmigo.  
— Ordenó Jason posicionándose para comenzar.

Yo por mi lado me encontraba recostada en la fina hierba del Río Bronx, mi pecho estaba frenéticamente agitado. Habíamos corrido por ese parque

más de cinco minutos sin parar. Jason se había tomado el papel de Coach demasiado enserio.

—¡Amelia! — me miró con sus ojos como platos cuando levanté mi dedo índice suplicando un momento.

—bien —concluyó— sin no te vas a mover... —murmuró mientras caminaba hacia mi dirección— ...vengo a ti.

Agarró mis piernas y las dobló hasta hacer un puente. Él las abrazó para poder levantarme y así contraer mi abdomen.

—¡vamos! —me animó— una serie de 20.

—¿QUÉ? — protesté.

Sus ojos marrones me miraron serio.

—bien lo haré, solo deja de mirarme así—. Terminé mientras comenzaba con el ejercicio.

La boca de Jason se curvó para dejarse notar una sonrisa de satisfacción."

Una lágrima se mezclaba con el agua de la ducha, no podía dejar de recordarlo y eso me atormentaba porque hacía que lo extrañara aún más. Lo necesitaba. Lo necesitaba a mi lado para poder sobrellevar a ese rígido teniente.

Otro día comenzó. Estaba sentada con Kim hablando sobre que duro entrenamiento nos tocaría hoy, cuando un chico de unos 20 años se nos aproximó para sentarse con nosotras. Mi extrovertida compañera y yo cruzamos miradas sin entender.

—hola soy Thomas— comentó sonriéndonos.

Llevaba el uniforme de la armada al igual que todos los reclutas, pero no pertenecía a nuestro pelotón, tenía el pelo castaño muy claro y unos encantadores ojos verdes.

—soy Amelia — lo seguí amable.

—y yo Kim — dijo ella secamente mientras se concentró en su comida.

Thomas me miró y yo solo encogí los hombros.

—¿cómo les fue en su primer día? — preguntó con curiosidad.

—fue algo duro — contesté.

—iel entrenador es duro! — agregó Kim.

—¿quién es?

—el teniente Chase Houlton — contestó ella.

Él abrió los ojos y enarcó las cejas sorprendido.

—¿lo conoces? —pregunté al ver como su rostro cambiaba.

— eh... ¡Sí!, fue mi entrenador principal hace 9 semanas —miró fijo los huevos revueltos que sirvieron de desayuno— su lema es que si no sentís extremo dolor no estás lo suficientemente entrenado. -

Fruncí el ceño. Quería que hablara más de él, pero su información concluyó en eso.

El clima era cálido, pero desde lejos unas sospechosas nubes se acercaban. Indudablemente llovería.

Empezamos el entrenamiento con la rutina de correr cinco minutos sin parar. Por el excesivo calor nos cambiaron nuestros uniformes camuflados por unos shorts y unas remeras verde oliva. Después de que los minutos cesaron el pelotón se reunió con el equipo del teniente. La oficial Hamilton, una mujer lo bastante ruda como para intimidar a un hombre, nos ordenó a las chicas comenzar con las Dominadas.

Las Dominadas son ejercicios que implican el entrenamiento de diferentes partes del tren superior, como en el caso de los hombros, los brazos y la espalda. Debes ser capaz de pasar de la posición de estar colgado con los brazos totalmente extendidos, hasta conseguir que tu barbilla se asome por encima del travesaño, todo esto sin inclinar la cabeza.

Por otro lado, a los chicos les tocaba hacer el ejercicio denominado Tijera.

Para su realización, debes ponerte de pie con los pies juntos y los brazos a los lados. Luego debes saltar y separar los pies, aterrizando sobre los talones mientras balanceas los brazos de arriba hacia los lados.

Seguidamente, debes saltar hacia atrás.

En mi grupo las mayorías de las chicas pudieron realizar más de una repetición, cuando llegó mi turno, mis débiles brazos no pudieron soportar el peso de mi cuerpo por el cual la oficial me ayudó, igual así era demasiada la fuerza que ejercía que me solté de inmediato sin poder hacer ninguna. Cuando levanté la vista avergonzada, noté que mi entrenador principal había observado el pésimo momento.

Luego de la mitad del día, el cielo se oscureció debido a la tormenta. El grupo se preparaba para correr otros cinco minutos más antes de concluir como finalizado el día. A la mitad del ejercicio comenzó a llover con furia, no titubeamos ningún solo momento.

Justo cuando estuvimos a punto de finalizar el ejercicio, una chica rubia llamada Kate colocó intencionalmente su pie izquierdo frente a mi pierna haciendo que caiga al húmedo césped. Me levanté rabiando, la miré con el ceño fruncido y ella solo sonrió mientras trotaba de regreso al campus. El grupo me habían dejado completamente aislada en el medio del campo lodoso.

El entrenador se me acercó con esa mirada severa.

—lo siento señor, fue...

—¿que fue eso recluta? ¿De verdad quiere estar acá? —me interrumpió duramente.

— isí señor! — contesté sin vacilar.

—¿cree ser lo demasiado fuerte? —indagó.

—isí señor!

Mi cuerpo mojado empezó a tiritar gracias a una corriente fría. Estábamos solo nosotros dos en el medio de la nada. Y él me estaba castigando.

—sabía desde el primer momento que usted no estaba hecha para esta clase de enfrentamientos, mejor siga jugando con sus Barbies. — Su tiesa mirada me atravesó el cuerpo.

Mis labios temblaron de humillación. —¡SEÑOR! —grité mientras se alejaba, él giro hacia mí y levantó el mentón— por favor deme otra oportunidad, señor.

—¿crees que te la mereces? —sus fuertes palabras herían.

— ¡sí señor!

—corre por cinco minutos más. — Demandó.

Esta vez lo miré desconcertada, él no cambió su gesto y me di cuenta de que para que no me expulsará tenía que correr sola por el fangoso campo a oscuras. La lluvia se hacía cada vez más espesa y la temperatura comenzó a bajar.

—pero... Señor... — traté de suplicar.

—¡corre! —exigió por última vez mientras desviaba su vista y se alejaba.

Desde el refugio central noté como Kim y Thomas observaban la situación, me mordí el labio y mis lágrimas caían. Tomando valor no dejé que el remordimiento me ganará. Tenía que demostrarle lo fuerte que era desde mi fuero interno.

Así que corrí, corrí hasta que mis piernas no aguantaron más.

## Capítulo 4

Al día siguiente noté como todas las miradas me acaparaban, me había convertido en el nuevo juguete del arrogante teniente. Y eso no era algo bueno.

En el comedor me acerqué a mi habitual mesa, Thomas se encontraba charlando con Charlotte -la pelirroja malota del primer día que resultó ser una agradable persona-, Kim estaba a su lado refunfuñando otra vez por la comida. Los tres percibieron mi presencia y agacharon las cabezas.

—aunque éste ambiente sea una institución seria, no puede faltar el comentillo. — Comenté mientras me sentaba.

—siento mucho que el entrenador te haya obligado a ti sola a volver a correr — Kim me miraba con sus pequeños ojos tristes.

—descuida, lo superaré. — Dije encogiendo los hombros.

Tenía que hacerlo, tenía que superarme, volverme más fuerte, más segura. Demostrarle lo que valgo se había vuelto mi obsesión y no pararía hasta conseguirlo.

—igual tenía que haber hecho algo, en verdad ¡todos! —enfaticó en voz alta— se supone que éramos un grupo. — Desvió la mirada a su plato, estaba luchando con su remordimiento y la quería por eso.

La miré y con mis labios apretados sonreí, algo dentro de mí sabía que no era algo grupal, el teniente no quería que estuviera ahí y lo sentí como algo personal.

Desde un extremo Kate -la arpía culpable de anoche- me miró sonriendo sarcásticamente. Me quedé observándola fijo hasta que en un momento se cohibió. Reí en mi interior. No sabía con quién se metía.

Unos minutos después desde la ventana del comedor lo vi, Houlton estaba entrenando a otros reclutas. En mi cabeza no me sacaba la idea de investigar a fondo a ese oficial. Algo ocultaba y quería saber qué era.

Mientras me dirigía a mi clase teórica de "Tácticas navales y terrestres" decidí tomar un atajo, crucé el campo de entrenamiento mirándolo con recelo, al darme cuenta lo absurda que me veía puse los ojos en blanco. Justo cuando estuve por abrir la puerta trasera del pasillo, ésta se abrió y por impulso me coloqué detrás del muro. De ella salieron el teniente Houlton y la Oficial Hamilton.

—esa chica te recuerda a Emily ¿verdad? — Preguntó la mujer forzando su voz grave a suave.

No sabía de quién hablaba, pero mi corazón se detuvo y mis orejas se agudizaron.

—no te atrevas a compararla con Emily —dijo de inmediato el otro individuo, su voz se notó dura, pero al mencionar ese nombre de sus labios, sentí la tristeza que ocultaba.

—no puedes expulsarla así porque si, tienes que darle una oportunidad —continuó la mujer sin vacilar al arrogante hombre.

Creí suponer quién era esa chica.

—es débil, no va aguantar otra semana, es mejor hacerlo ahora, cuando empecemos con campo traviesa va a estar sin fuerzas. —Agregó fuertemente.

No aguanté la furia que crecía en mí y los enfrenté, él me quedó mirando atónito, lo fulminé con la mirada mientras abría la puerta y me alejé cerrándola de un portazo. Desde el otro lado mi corazón latía fuerte por la adrenalina, era incomparable el odio que estaba naciendo hacía ese hombre. Si antes era mi obsesión ahora era mi juego favorito.

Esa madrugada estaba de pie a las 400 horas, vestida con una sudadera y un pantalón deportivo crucé el calmado campus. Al llegar al campo unos soldados que patrullaban me saludaron cordialmente. Asentí con discreción y comencé a correr.

A las 5:59 a.m. ya me encontraba bañada, uniformada y con mi cama perfectamente tendida esperando la escandalosa alarma que nos indicaba que el día había comenzado.

En el comedor crucé miradas con el mismo guardia que me saludó en la madrugada, él seriamente asintió y esta vez le sonreí dulcemente. Era alto y atractivo, su complexión era grande y según mis cálculos tendría unos 24 años.

Traté de concentrarme en mi comida y en la charla de mis compañeras.

—¡hay tantos soldados guapos! —Kim suspiró— Espero perder mi virginidad este verano. Agregó cuando le guiñó el ojo a un cabo que pasaba por nuestra mesa.

Charlotte y yo soltamos una carcajada.

—que no te escuche el teniente, él sí que vale la pena —dijo la pelirroja apretando los labios.

Kim soltó otro suspiro. —a todas se nos bajarían las bragas ante él, incluso a las oficiales.

—a mí no —dije sin emoción alguna.

Ella y Charlotte cruzaron miradas tensas.

— eh... Lo sabemos —dijeron mutuamente.

Encogí los hombros mientras llevaba a mi boca una cuchara repleta de cereal. En ese instante él susodicho entrenador pasó por nuestro lado. Me miró fríamente alejándose con pasos firmes.

Las chicas quedaron como tomates en un segundo. Las tres sabíamos que había escuchado esa conversación.

—igenial! Ahora me castigaré por eso también. —Concluí dando vueltas y vueltas a mi desayuno.

Estábamos en clase de idiomas cuando me escabullí hacia la biblioteca. Encendí el ordenador y busqué en los sistemas de la Escuela Militar Roosevelt alguna información del teniente y esa misteriosa chica llamada Emily.

Con mi curiosidad a flor de piel encontré una foto del pelotón donde Houlton había sido entrenado. Lucía diferente, era más joven y lleno de vida, su sonrisa era dulce y seductora, a su lado estaba una chica con pelo negro azabache y ojos cafés. Emily.

No veía el parecido a no ser que ambas éramos de estatura baja y de complexión débil. Seguí con mis ojos fijos en él y la chica por la cual mi estadía en este instituto era un tormento.

— hola. — Dijo de repente una voz cálida. Salté de la silla como una niña asustada.

Era el atractivo soldado del comedor. Me miró sonriendo y luego fijó su vista en la computadora. Su ceño se frunció. Me abalancé lo suficiente para tapar con mi cuerpo el monitor. Mordí mi labio con nerviosismo.

—no es lo que parece... Solo quería averiguar algo.

Él me miró y asintió. — lo sé, todas lo hacen.

— eh no... ¡No!, no es en ese sentido --dije clavando mi vista al suelo— estar acá es mi sueño y él trata de destruirlo, escuché hablar de una chica llamada Emily y que al parecer era su novia. Ahora yo le recuerdo a ella y va a intentar expulsarme de aquí. — Mis palabras sonaron más desesperadas mientras las anunciaba.

— ella era su hermana.

Lo quedé mirando estupefacta con mis ojos grandes sumamente abiertos.

—estuve en el pelotón con los Houlton hace 5 años, ellos eran muy unidos. Cuando nos graduamos Chase se volvió el líder de nuestro escuadrón, en una peligrosa misión Emily falleció y ahora él se culpa por eso.

Un escalofrió recorrió mi cuerpo. Estaba comenzando a comprender ese rompecabezas llamado Chase Houlton y eso me intrigaba aún más.

## Capítulo 5

Esa madrugada me dirigí al gimnasio, tenía que practicar y mejorar mi lucha física. Al llegar caminando distraída, no me di cuenta de que el gimnasio estaba ocupado, crucé la puerta y lo vi, inmediatamente me volteé en sí para apoyarme en la pared contraria, suplicaba con mis ojos cerrados que no me haya escuchado o visto. Cuando mi respiración se volvió estable asomé mi cabeza. Él seguía practicando como si nada hubiera pasado. Solté un suspiro ligero.

El obstinado teniente golpeaba con furia el saco de boxeo, patadas a los laterales y golpes consecutivos con los puños. Estaba sin remera y no pude quitarle la vista de encima, su cuerpo estaba marcado por unos abdominales perfectos, sudor recorría cada curva. Estaba tremendamente sexy.

Después de un segundo recordé quién era y mientras golpeaba mi cabeza me alejé de ahí. Si no podía entrenar tendría que volver a correr. Me obligué a sacar ese cuerpo de mi cabeza y comencé mi rutina.

Era hora del entrenamiento y el teniente no apareció, Hamilton nos dirigió por esta vez. Los ejercicios fueron más leves sin la constante opresión que me daba Houlton. Sentadillas, flexiones, abdominales, realicé cada pasó correctamente y ella me felicitó. Estaba mejorando y eso subió mi autoestima. Stuart 1, Houlton 0.

Habíamos terminado y Travis -el soldado atractivo- me esperaba en la entrada, luego de esa tarde en que conversábamos sobre Houlton no lo había vuelto a ver. Me sorprendió verlo vestido de civil. Me acerqué hacia él y una sonrisa sospechosa apareció. Junté mis cejas sonriendo, me preguntaba cuál era el misterio.

—los chicos van a la ciudad ¿quieres ir? — preguntó ansioso.

—¿es una cita?

Mis palabras salieron de rebote, se suponía que lo tenía que pensar no decir. Mi piel blanca se enrojeció enseguida. Que tonta.

Travis soltó una carcajada de inmediato.

—si es una cita —dijo sin darme tiempo a corregir mi metida de pata.

Kim y Charlotte se me acercaron justo a tiempo. Les comenté la salida y organizamos salir todos juntos. Gracias a dios.

Llegamos a un bar llamado Frogs, había mesas de billar por un lado y un improvisado escenario por el otro. Era un lugar agradable. Al entrar noté caras conocidas podía asegurar que más de la mitad eran militares o postulantes a eso.

—¿así que aquí vienen los soldados estresados? —bromeé.

—pues la verdad es que sí —el guapo soldado me contestó mientras me ayudaba a acomodarme en el alto taburete de la mesada.

—es lindo. — Agregó Kim asintiendo mientras sus ojos recorrían el lugar.

—¿Qué quieres tomar? —los cálidos ojos marrones de Travis se posaron en mí.

Negué con la cabeza. —elige tú por mí, no soy buena en esto. — Confesé y él me sonrió con sus seductores labios.

—dos cervezas por favor. — Le pidió al chico tatuado que atendía el mostrador.

—aquí tienes. — Le dice el escuálido chico con tono seguro entregándole dos botellas.

Me entregó una y me guiñó un ojo. Le sonreí como respuesta mientras posaba el pico sobre mis labios. El sabor era amargo, nunca había bebido alcohol en todos estos años. Jason nunca me lo permitió. Me sobreprotegía y mucho.

En ese momento el teniente Houlton entró por la puerta y sin notarnos se sentó en un extremo alejado de la multitud.

—lo de siempre. — Le pidió al barman. Éste asintió y comenzó a prepararle la bebida.

Miré a Travis y él solo encogió los hombros. Volví mi vista otra vez hacia él. Fruncí el ceño cuando terminó su chupito y al segundo siguiente pidió otro. Ese chico estaba luchando con un demonio interno.

Después de dos botellas y unas partidas pésimas de pool ya me estaba cansando, el alcohol en mi sangre me empezaba a marear.

Inconscientemente busqué a Houlton, pero no lo encontré. Su típico lugar se encontraba abandonado.

Unos minutos después mi vejiga comenzó a molestar avisándome tener que ir al baño.

Le avisé a Travis y él me señaló el camino.

Al salir noté que Houlton emergía tambaleándose desde el baño de caballeros, tropezó y me aproximé para ayudarlo.

—déjame. — Especuló tratando de zafarse de mi agarre.

—Chase — dije con cautela.

—teniente Houlton para ti, niña. — Dice con sarcasmo y me miró con sus ojos inyectados en sangre.

Hasta borracho aborrecía mi existencia, vaya sorpresa.

— no deberías estar aquí y con "aquí" hablo de la escuela. —Escupió las palabras lentamente por culpa del alcohol.

—déjala ya Chase. — Travis salió en mi defensa y me alejé para dirigirme hacia él.

—vaya, vaya, pero si tenías que ser tú, Travis Haynes o mejor dicho Cabo Haynes —especuló aun tambaleándose— ya que sigo siendo tu superior.

—no me sorprende que hayas vuelto a beber —dijo mi acompañante y me aferró de su mano para alejarnos de ahí.

—no te equivoques con ella, es mucho más frágil que Emily — rio a carcajadas.

Noté lo tenso que se puso Travis, su mano apretaba la mía y traté de tranquilizarlo. En un segundo su cuerpo se abalanzó hacia el teniente y con su mano lo agarró de la camisa hasta estamparlo contra la pared.

—deja de comparar a todas con Emily, fuimos nosotros que no pudimos salvarla inosotros! — su voz furiosa señalaba rabia.

Lo soltó y Houlton cayó al sucio piso. Travis le dio la espalda y agachó la cabeza.

—ella no hubiera querido esto para ti.

Volvió hacia mí y me agarró la mano para alejarme de ese bar. Todavía se

podía notar lo tenso que estaba. Permanecí callada con temor de arruinar el momento.

Caminamos por un buen rato; aunque la curiosidad me picaba no quería chismear por territorio ajeno. Seguimos caminando hasta llegar al campus, agradecí por dentro al ver los conocidos muros. Me sentí algo incómoda en esos momentos con Travis y solo quería llegar hasta mi cama.

Antes de despedirnos él me tomó de la mano y nos sentamos en el piso. —lamento mucho lo que tuviste que presenciar.

--no importa, me defendiste y eso es lindo --él me miró y le sonreí.

—hay algo que no te conté —comenzó a decir y sus ojos se pusieron vidriosos— Emily fue mi novia.

Ahora todo tenía sentido. Por eso reaccionó así, él también estaba luchando con otro demonio interno. La muerte de Emily los había afectado demasiado. Recordé a Jason, sabía exactamente como se sentían.

El entrenamiento de hoy estaba tranquilo hasta que el teniente pronunció mi nombre.

—irecluta Stuart! ¡Acérquese! —exigió con su voz grave.

Me detuve en seco haciendo que mis compañeros que me seguían chocarían entre sí. Me disculpé con ellos y troté nerviosa hasta llegar junto a él.

—¿sí señor? —pregunté sin aire.

—diríjase al gimnasio y recoja cada pertenencia que utilizó el otro pelotón —ordenó seriamente.

—pero señor eso se en...

—¿algún problema recluta? —interrumpió mirándome fijo.

—no señor —obedecí.

Me retiré apretando fuerte mis dientes, si ese hombre no fuera mi superior le expelería unas cuantas cosas en la cara.

Esa tarde Travis estaba cruzado de brazos observando el entrenamiento desde una esquina. Me vio alejándome de mi equipo y miró fijamente a Houlton. Hubo un momento tenso entre los dos.

Mientras recogía cada instrumento físico del gimnasio no podía dejar de maldecirlo. Estaba segura de que no iba a parar hasta expulsarme

completamente de esta escuela. Tenía que intentar hacer algo rápido.

Cuando terminé fui hasta el campo y observé a mi pelotón entrenar, habían simulado un enfrentamiento con pistolas artificiales, se habían dividido en dos grupos y el que obtuviera la bandera roja era el ganador. Mi cuerpo vibró de rabia, lo había hecho a propósito para que yo no participara, apreté mis puños fuertes y cuando volteé enfurecida choqué con Travis.

—¿dónde puedo encontrar al general? —le pregunté tratando de calmarme.

—Amelia...

—Travis por favor, ayúdame —rogué sosteniéndole la mirada.

Cerró los ojos y suspiró. —en el edificio contiguo, habla con Leila la secretaria, ella te dirá si podrás hablar con él o no.

—gracias, nos vemos luego ¿de acuerdo?

Él asintió, le sonreí y corrí para alejarme.

Luego de una dura charla explicándole los motivos para tratar de convencerla, la secretaria aceptó.

Me encontraba sentada esperando a que Leila pudiera conseguirme una cita con el General al mando.

Unos minutos después Leila salió del despacho y me sonrió. Dio luz verde para entrar.

—sabes —me detuvo en el camino— no eres la primera chica que ha venido por el trato del teniente Houlton, pero me caes bien, espero tengas suerte.

Esas palabras afirmaban mis sospechas, no era la única que Houlton había querido expulsar. Y para que haya realizado esa acción tenía que tener el visto bueno del General.

Me puse firme con mi ideal y entré confiada. Esta vez él no ganaría.

Un aroma a vainilla y canela se dejó olfatear apenas abrí la puerta del despacho. El general estaba sentado fijo en su escritorio, su mano se deslizaba delicadamente sobre un papel, levantó la vista y me miró, señaló la silla con su mano izquierda y me senté. Dejó de escribir y se

aclaró la grácil voz.

—seré breve señorita Stuart, el teniente Chase Houlton es el mejor oficial que tenemos en esta institución, si él decide que no estás preparada para desempeñar tu puesto cuando te gradúes, no voy por ningún motivo arriesgar vuestra vida.

—señor, entiendo el ideal del teniente de proteger a los chicos que físicamente se ven débiles, pero lo que a mi responde, el teniente Houlton no me dio la oportunidad de intentarlo. Me juzgaron apenas me vieron. — Confesé.

El veterano militar juntó las cejas dudando de mis palabras, en ese instante abrió un cajón del viejo escritorio de madera. Desde su interior sacó una carpeta que contenían ficheros.

—entiendo Stuart, desde un principio deduje que nuestro oficial no aprobaría que te gradúes en esta escuela, por ello le he pedido a los otros oficiales a cargo que evalúen tu promedio —miró fijo el papel que sostenían sus manos— en estas semanas tu aptitud ha sido satisfactoria y al parecer la oficial Hamilton tiene fe en ti.

Mi corazón volvió a latir en ese momento, me dio esperanzas.

Un toque en la puerta me distrajo, ésta misma se abrió y el teniente Houlton entró, al escuchar su voz me quedé atónita mirando al general. Se quedó parado a mi costado. Podía sentir su presencia torturándome.

—muy bien teniente —continuó el general— Llegaste en el momento justo para saber mi resultado en lo que corresponde a la recluta Stuart.

Me pareció ver que la comisura de su labio se elevó. Se irguió más firme y levantó el mentón confiado.

—la recluta Stuart terminará sus estudios en esta escuela y se graduará de soldado conforme pase su prueba final y será entrenada debidamente —sus ojos se desviaron al estupefacto teniente.

—señor... —se adelantó a discernir.

—no será expulsada Chase — concluyó con su tono de voz un poco más elevado de lo normal.

Me sorprendió la falta de formalidad con la que el general se dirigió a Houlton, éste me miró sin emoción alguna, se alejó y cerró de un portazo la puerta del despacho.

Miré de inmediato al general. Su expresión era nula ante el fuerte carácter

del oficial. Fijó su vista de nuevo a mí y apretó los labios.

—usted también debe una oportunidad, no es un chico malo, ha pasado por momentos difíciles y la presión de su puesto lo hacen actuar impulsivamente. — Esa vez su voz fue compasiva, se notaba el aprecio que le tenía al joven teniente.

Me alejé de ese edificio con sus palabras en mi mente. Al llegar a mi residencia Travis me esperaba ansioso.

— ¿Y? —preguntó alterado.

Le sonreí y él frunció el ceño.

--voy a convertirme en Marine cueste lo que cueste.

El guapo soldado sonrió y en un impulso me abrazó. Al estar en sus cálidos brazos me recordó a Jason y amé esa sensación.

## Capítulo 6

Los entrenamientos del campamento militar a menudo se basan en una filosofía de que si no duele no sirve.

Nuestra escuela era la única mixta en el país. Se dividían en pelotones diferentes de al menos 20 reclutas hombres y mujeres. El nuestro estaba dirigido por el duro teniente Houlton y la oficial Hamilton. Ellos se encargaban de que el régimen sea extremadamente estricto.

Durante estas semanas la relación entre mi teniente y yo no había cambiado en lo absoluto. Pero a duras penas me entrenaba igual como a los demás.

Ese día nos tocaba practicar el descenso de rocas en una montaña de Carolina del Norte.

Todos y cada uno de mis compañeros habían realizado el rápel por primera vez con dificultad, pero habían logrado llegar al suelo sanos y salvos, ahora era mi turno. Escuchaba detenidamente las instrucciones que me dictaba la Oficial Hamilton mientras me colocaba el arnés. El teniente estaba a unos metros de nosotras observando la situación cruzados de brazos.

Estaba equipada correctamente, casco, arnés, guantes, cuerda y un descensor con poleas. Me encontraba de espaldas al enorme acantilado, intenté no mirar, pero inconscientemente lo hice. Era una gran altura la que tenía que descender. Traté de no pensar en el vértigo y comencé mi hazaña. Era un trabajo duro, necesitaba mantener mi cuerpo firme y usar mucha fuerza en brazos y piernas. Iba bajando cuidadosamente dando pequeños saltos. Todo iba bien hasta que sentí algo extraño en la cuerda. Miré hacia arriba y la oficial notó mi preocupación.

—¿todo bien Stuart? —gritó.

—¿es normal que la cuerda se mueva tanto durante el proceso?

—pregunté usando toda mi voz.

Ella sonrió. —si Stuart, es normal.

Tenía que haber formulado mi pregunta de otra forma ya que me sentí una completa estúpida. Sabía bien que era normal, pero presentía que algo no andaba bien.

En ese momento la cuerda vibró otra vez y descendí rápidamente unos 10 metros, grité con desespero hasta que alguien detuvo la cuerda. Mi cuerpo

temblaba. Ya no podía mantenerme firme para poder seguir bajando.

—¡Stuart! —gritó el teniente— lo tengo controlado, solo sigue bajando. — Ordenó.

— eso intento, pero... pero...

Los oficiales que me estaban esperando para el anclaje subieron rápidamente para ayudar al teniente con la cuerda. Éste se acomodó el arnés y solo con la cuerda y un descensor, bajó en mi ayuda.

—ya estoy aquí —dijo con voz cálida— ahora escúchame, pon tus pies firmes en la roca y forma un ángulo —ordenó y obedecí— no voy a dejar que nada te pase ¿okey?

Me miró directamente a los ojos y confié en sus palabras. Con un suspiro miré hacia abajo, solo faltaban unos pocos metros. Lo volví a mirar y asentí. Obligué a mi mente deshacerme del miedo y comencé a bajar.

Cuando llegamos a tierra firme mi cuerpo aún temblaba, el teniente Houlton me ayudó a quitarme el arnés, Kim y Charlotte se me acercaron y sus abrazos me confortaron.

—el nudo de la cuerda se zafó, debimos de revisarlo antes —confesó mi guía— no fue tu culpa, lo hiciste bien.

No sabía cómo reaccionar a esas palabras, por mucho que él me odiara había actuado rápidamente para ir a mi rescate.

— gracias —proseguí a decir.

Él me miró con seriedad y asintió.

De vuelta en el instituto me merecía una larga ducha y descansar.

Como todas las madrugadas, a las 4 ya estaba de pie para entrenarme yo misma. Esa vez fui al gimnasio. Mi enfrentamiento cuerpo a cuerpo iba mejorando, pero debía entrenar aún más. Me coloqué los guantes de boxing y comencé a dar golpes fijos a la bolsa. Mi cabeza pensaba seriamente en el día que transcurrí, el vértigo que mi cuerpo experimentó y la mirada dulce que Houlton nunca me había dado. Al pensar en él los golpes fueron más duros.

Media hora después un ruido me sacó que mi trance, sin vacilar el

teniente entró por la puerta; no se sorprendió al verme.

—estás forzando mucho a tus brazos —comentó mientras vendabas sus muñecas— si sigues así te cansarás más rápido y tu oponente tendrá más fuerza para vencerte.

Lo quedé mirando atónita, en estas semanas nunca me había hablado tanto.

Se me fue acercando y mi cuerpo se tensó. Tampoco habíamos estado tan cerca.

—déjame enseñarte.

Se colocó detrás de mí tocando mis manos, mi cuerpo vibró por dentro. Hizo unos movimientos hacia la bolsa y se alejó.

—bien, ahora hazlo como te indiqué —ordenó sujetando la bolsa de boxeo.

Fui dando los golpes exactamente como me enseñó, algunos eran ligeros y otros pausados.

— bien —dijo soltando la bolsa y dirigiéndose a la plataforma de boxing— ahora enseñame el cuerpo a cuerpo.

Tragué saliva nerviosa, si cuando apenas me tocó mi cuerpo reaccionó extraño, ahora que prácticamente compartiríamos mucho más no iba a saber cómo actuar.

Lo seguí sacándome los pesados guantes y entré en la tarima. Enseguida que me posicioné se me abalanzó y con un rápido reflejo lo esquivé, di unos cuantos golpes en el aire; ya que su velocidad era innata y los zafaba tan coordinadamente.

—ivamos Stuart! demuéstreme lo que tienes.

La adrenalina que tenía aumentó, intentaba con toda mi fuerza darle algún choque.

El teniente ya no realizaba golpes, sino que los eludía. Después de un golpe directo casi perfecto, ejecuté un swing que le dio justo en el rostro. Houlton cayó al suelo al impactar con mi sorpresivo puñetazo. Me mantuve seria, pero por dentro esbozaba una sonrisa satisfactoria.

Un segundo después las piernas del resentido oficial se balancearon en un repentino movimiento, caí a su lado afligida por el dolor de la sorpresiva caída.

Se movió rápidamente colocándose encima de mí, sujetó mis brazos con fuerza.

—en todo combate, siempre, siempre mantente alerta. — Dijo a centímetros de mi cara.

Me sentí completamente incómoda, me miraba como antes no lo hacía y eso me revolvió el estómago. Al parecer también sintió el tenso momento que compartíamos; ya que enseguida se irguió.

—buen golpe —agregó sosteniendo su quijada— pero aún sigues pareciéndome una mojitata débil —concluyó.

—¿disculpa? — le discutí.

Su mirada fría volvió. —pretendes ser fuerte, pero no eres más que una niña mimada de sus padres. — Me hirvió la sangre. Mi cuerpo vibró, pero de rabia. Me acerqué junto a él y le sostuve su seria mirada.

—tú no sabes nada de mi vida, te crees con el derecho de juzgarme, pero no eres más que un cobarde bajo ese uniforme.

Me alejé y con mi respiración agitada volteé por última vez para mirarlo tan cruelmente hasta que él lo noto.

—yo no soy Emily.

Esa vez la bestia era yo y él, el débil ante mis agrias palabras.

## Capítulo 7

Me gradué después de nueve duras semanas para obtener el grado de soldado. Doce semanas más y sería una Marine.

Después de graduarse, la mayoría de los miembros del servicio pasan al entrenamiento avanzado, una preparación para una carrera profesional específica.

Pero ser un Marine no es simplemente un empleo. Es una vocación y solo aquellos que se prueban a sí mismos durante el riguroso entrenamiento tienen el derecho de usar el uniforme.

El Cuerpo de Marines juega un papel fundamental como la primera fuerza en tierra en la mayoría de los conflictos. Por ello el entrenamiento es más elevado, más humillante y más intenso.

—durante estas semanas nunca vi que te hayan enviado una carta o que hayas llamado a alguien —comentó Kim mientras recibía una nota de un familiar.

—no tengo a nadie. — Le confesé y ella me miró confundida.

Le regalé una sonrisa con mis labios apretados. No le había contado a nadie sobre mi padre drogadicto. Mis jefes y Jason eran los que consideraba mi familia, pero él ya no estaba en mi vida y mis queridos viejos no me habían contestado las variadas cartas que les había mandado.

Me despedí de ella y me dirigí al gimnasio para ejercitar mi cuerpo nadando. Tardé una hora y media gastando lo que quedaba de mi fuerza por hoy.

Cuando me detuve noté que Travis me esperaba en un extremo de la inmensa piscina. Ansiosa nadé hacia su encuentro. Durante estos dos meses nos hicimos muy amigos.

Me sonrió cuando asome la cabeza fuera del agua.

—¿nadas conmigo? — le pregunté.

—¿nadar? Creo que más bien estabas compitiendo contigo misma — bromeó.

Chapoteé para salpicarlo y el bufó.

—ioye!

Negué con la cabeza mientras nadaba hacia la escalera, noté como su mirada cambiaba al ver mi cuerpo salir del agua. Conocía esa mirada, era la misma con la que me miraba Jason. Me sonrojé y me envolví en la toalla.

Me miró con sus atractivos ojos y mordió su labio.

—¿salimos hoy? — preguntó dudoso.

--¿a dónde van los chicos?

— eh no... Solo nosotros dos, quería decir.

Sonreí, creo que siempre estuve esperando este momento.

— claro —dije con una sonrisa.

Travis me atraía bastante, era guapo, musculoso y desde el momento en que sus cálidos y fuertes brazos me abrazaron, me sentí segura.

Nos reencontramos en la salida de la escuela, llevaba unos jeans ligeros y una camiseta negra ajustada al cuerpo. Me sonrió y sentí que mi corazón dejó de latir.

Como la última vez fuimos al Frogs, bebimos, jugamos al pool y hasta llegamos a bailar juntos. A pesar de todo el desequilibrio mental que te lleva al convertirte en Marine, estar así, junto a él, me daba la fuerza necesaria para poder continuar.

—necesitaba esto —le confesé mientras mi cabeza se apoyaba en su pecho.

La lenta música manejaba nuestros cuerpos en un vaivén. Al escuchar mis palabras me sujetó más fuerte contra su cuerpo.

Los minutos pasaban y era hora de volver. Justo antes de entrar a mi residencia, Travis me detuvo sosteniendo mi mano, tiró fuerte de ella e impulsivamente me besó. Devolví su beso con la misma intensidad, dulce, amargo, frío, cálido, todo eso en solo un simple y sencillo beso.

Nos detuvimos y nos fuimos separándonos lentamente, sus ojos claros brillaban.

Su mano apoyada en mi mejilla la acariciaba con ternura. Ese chico hacia que mi corazón actuará de forma irracional podía hacer que dejará de latir y a la vez podía latir mil veces más de lo normal.

—nos vemos mañana ¿sí?

Sonreí y asentí. —Claro que sí.

Nos miramos una última vez. Jason volvió a mi cabeza, era el mismo sentimiento que sentía por él. Pero esta vez no iba a dejarlo partir.

Hoy era el día de enseñarnos el manejo de armas y todo lo que respecta para tener buena puntería. Nos desplazamos corriendo 2 km hasta llegar al polígono de tiro. El teniente Houlton nos aconsejó a cada uno como usar un fusil M40 - el fusil usado por los francotiradores de la Marina - adecuadamente. Nos encontrábamos cada uno tumbado en el suelo, con una bolsa de arena apoyando la culata y la mejilla pegada a ésta.

—respiren profundamente antes de disparar —señaló nuestro duro instructor— mantengan sus pulmones vacíos mientras apuntan y luego efectúen su disparo. — Agregó.

Tenía mi vista fija a qué distancia quería disparar. Nuestro teniente nos advirtió que al ser menos expertos en armas no podíamos disparar a más de 100 metros. Después de evaluar a mis compañeros llegó hasta mí. Dio luz verde para disparar y el fuerte ruido del cañón me ensordeció. En un segundo la munición llegó a los 150 metros dándole perfectamente en el blanco.

La oficial Hamilton quedó boca abierta al igual que mis compañeros, ninguno de ellos había dado en el blanco tan perfectamente y mucho menos a tanta distancia. En cambio, el teniente me miró fijo, lo había desobedecido y eso le molesto.

—soldado Stuart!

Me levanté y me puse firme.

—sí señor.

—desobedeció una orden, recoja sus cosas, volverá al campo de entrenamiento. — Ordenó su fuerte voz.

—iteniente! —objetó la oficial Hamilton— dudo que haya sido casualidad, deje que lo intente una vez más.

Me sorprendió por completo esas palabras. Tal vez ella veía algo en mí que aún yo no. El rudo teniente me miró con su fría mirada. Recordé la noche en que me pase de tono con él, cuando llegué a mi habitación el remordimiento me invadió, era mi superior y hablarle de esa forma podría haberme causado algún problema, pero para mi sorpresa, él no reaccionó

de ninguna forma.

Sostuvo mi mirada un segundo más y se alejó dándome paso a volver a mi lugar e intentar disparar una vez más.

Fija en mi posición, encontré mi meta y con una sonrisa disparé.

Mis compañeros aplaudieron eufóricos, la oficial Hamilton asintió orgullosa. Mi meta dio en el blanco a 300 metros.

El teniente se me acercó con sus brazos cruzados.

—borra esa sonrisa, ha habido mejores.

Definitivamente mi sonrisa se borró, volvió hacerme sentir que no valía nada. Hiciera lo que hiciera nunca sería suficiente.

—aún desobedeciste una orden —me recordó— vuelve al campo y corre 50 metros más. —Exigió.

—sí señor.

Volví sola corriendo hasta llegar al campo, Travis se encontraba entrenando a unos reclutas nuevos. Me vio que me acercaba y dejó su trabajo para ir a mi encuentro.

—¿por qué no estás con tu pelotón? —preguntó.

—desobedecí una orden. — contesté.

—Amelia, sabes perfectamente que Houlton es más estricto contigo que con lo demás, pero tú se lo dejas todo en bandeja de plata.

Lo sabía, pero era fuerte, por más que me humillara y me dijera que no valía la pena, estar en este lugar era mucho mejor que el barrio donde me crie.

Miré a Travis y le sonreí, el rodeó sus ojos y me abrazó.

—¿qué fue lo que hiciste? —preguntó y reí.

—le di a un blanco perfecto a 150 metros.

Él abrió sus ojos mirándome estupefacto, pestañeó varias veces.

—¿qué? —preguntó confundido.

—luego le di a otro blanco a 300 metros.

Esa vez su mirada cambió, estaba sorprendido, pero había algo más.

--¿sabes lo que significa no? —la forma en que lo dijo me asustó. Negué.

—cuando el comandante en jefe vea el resultado de tú prueba, va a querer exprimir tu talento aún más.

Fruncí el ceño sin poder entenderlo.

—tu resultado es digno de un francotirador Amelia.

Abrí los ojos atónita. Nunca había pensado en eso.

—solo espero no te separen de mí —apoyada en su pecho sentí a su corazón latir fuerte y lo abracé.

—no lo harán. — Concluí.

## Capítulo 8

Pasaron las semanas y la oficial Hamilton no titubeaba ante el teniente cuando se trataba de entrenarme en lo que respecta a mi excelente puntería. Al igual que Travis también se había referido a mí como un francotirador. No quería pensar en eso todavía, mi promedio era excelente como para concurrir a la escuela de Francotiradores del Cuerpo de Marines. Pero eso implicaba alejarme de él.

Faltaba solo una semana para nuestra graduación como Marines y la dirección había organizado un baile para esta noche. Nunca había concurrido a uno ya que cuando asistía a mi vieja secundaria estaba más ocupada en mi viejo padre que en las típicas salidas de las adolescentes.

Se acercaba la hora y ansiaba ese momento, más que nada para pasar tiempo con Travis, la exigencia de esta escuela era tanta que, aunque estuviéramos tan cerca, estábamos lejos.

Luego de terminar la carrera con obstáculos y acabar rendida, el teniente se me acercó:

—no fue lo suficientemente satisfactoria recluta. — Especuló secamente.

Fruncí el ceño ante sus ojos.

— ¿señor? — pregunté confundida.

— tendrá que realizar la carrera de obstáculos las veces que sea necesario hasta realizarla correctamente. — Ordenó.

Solo faltaba una hora para el baile, me di cuenta de que me lo haría perder a propósito. Pero tenía que obedecer, por eso estaba acá.

— sí señor. — Contesté agachando la cabeza.

Kim y Charlotte me miraron apenadas, sabían qué hacer con esta situación. Le avisarían a Travis que no lo vería esta noche.

Como la primera vez, estaba anocheciendo y una tormenta nos acechaba. Pero esa vez él se quedó a mi lado dirigiéndome duramente.

—¡VAMOS, ¡VAMOS, VAMOS! — gritó a mi lado mientras corría.

Saltaba cada neumático fijo en el suelo, trepaba la escalada lo más rápido que podía y justo cuando me tocaba cruzar la trinchera comenzó a llover, con el lodo que se hacía cada vez más líquido se me era imposible atravesarlo sin lastimarme. El teniente seguía gritándome a mi lado sin

importar la espesa lluvia. Lágrimas de rabia corrían por mis mejillas. Intentaba avanzar, pero me quedé estancada en el lodo.

—¡vamos Stuart! — dijo.

Por momentos sentí que se reía de mí.

Uno de los ganchos del alambre con púas atravesó mi gorra llevándosela, mi largo pelo se soltó embarrándose a cada paso.

—se me está haciendo eterno Stuart —se quejó.

—déjame en paz — le grité furiosa.

Con mi último aliento logré salir de la trinchera, todo mi cuerpo estaba completamente con lodo. Me acerqué a su lado, apretaba mis dientes con fuerza, rabia, enojo, ira, furia, lo odiaba, lo odiaba completamente.

Él se sacó su gorra y nuestras caras quedaron en completa visibilidad.

—muy bien Stuart, ya puede irse.

—te odio —le grité mientras me alejaba.

—así no se le habla a su superior. —Expresó.

Me volteé hasta quedarnos cara a cara.

— ya me importa un carajo, no sé qué te pasa conmigo, pero esto es dem....

En ese momento me hizo callar con un beso.

Si, el teniente que creí que odiaba mi existencia me besó. No solo hizo que mi corazón se detuviera sino también que mi cuerpo dejara de reaccionar.

Apenas se alejó de mis labios, no supe cómo actuar. Él me miró tan plácidamente que mi pecho empezó a agitarse frenéticamente. Por impulso lo abofeteé fuerte en su rostro y salí corriendo.

—Gracias por confundirme, idiota. — grité hacia mis adentros.

Llegué a mi residencia y como imaginé Travis me esperaba. Al verlo vi el beso de Chase y se me revolvió el estómago.

Estaba tan perfectamente guapo con su esmoquin azul. Le sonreí por cortesía.

—tú tan lindo y yo... Mírame. — Dije agachando la cabeza.

—eres hermosa. — Agregó.

El resentimiento me llegó. ¡Dios! ¿Porque a mí?

No dormí pensando en ese beso. Tenía curiosidad de que fue lo que lo impulsó hacerlo. Él sabía que estaba con Travis. Y lo que más me atormentaba es que por dentro, me sentía confundida.

Llegué al entrenamiento y las ojeras de mi rostro dejaban a la vista mi mala noche. En la mañana no había visto a Travis y me alegré en ese entonces ya que no sabía cómo mirarlo a los ojos sin ver ese beso. Nuestro instructor comenzó nuestra disciplina haciéndonos correr, luego realizamos tijera y por último abdominales. Con mi conciencia perturbada me mantuve alejada de él.

Las horas pasaron y terminó por concluida la práctica. Creí que me llamaría para torturarme una vez más, pero no. Solo me dejó ir.

Al entrar a mi habitación me esperaba un recado de la secretaría. El comandante en jefe me esperaba en su oficina. La última vez que estuve ahí fue cuando tuve la incómoda charla sobre el teniente.

Llegué y Leila me saludó simpáticamente.

Un conocido y exquisito olor a vainilla con canela me recibió. El elegante y uniformado hombre me esperaba en su habitual sillón, me sonrió y cordialmente me señaló el sillón opuesto.

Temerosa de lo que acontecía, me senté.

—tengo noticias para usted señorita Stuart —aportó su nítida voz— al parecer se han enterado de sus asombrosas virtudes a lo que respecta al entrenamiento con tiro. —

Me miró serenamente mientras juntó sus palmas con delicadeza.

—según el informe que mis oficiales me entregaron —fijó su vista en la carpeta que se encontraba a su lado— usted tiene un grado de exactitud mucho más elevado que cualquier soldado en este organismo. Incluso la oficial Hamilton y el teniente Houlton han escrito un informe muy extenso

respecto a su promedio en el campo.

Se me formó un nudo en el estómago, deseaba con ansias descubrir que fue lo que el teniente escribió sobre mí.

—por eso es un honor para mí informarle que ha sido transferida a la Escuela de Francotiradores del Cuerpo de Marines —esbozó una sonrisa mientras lo miraba estupefacta— claro está, que solo depende de usted si lo acepta o no. — Concluyó arqueando una ceja.

Entendí en ese momento que esta escuela solo era el principio de mi historia, tal vez era mi destino por ahora separarme de Travis y viajar a Long Island a convertirme en la mejor Francotiradora que haya existido.

Miré a mi comandante en jefe con una mirada segura y confiada.

—es un honor aceptarlo, señor.

Los días pasaron y era el día de mi graduación como Marine. La ceremonia duró una hora aproximadamente, mi uniforme de gala consistía en una falda que sobrepasaba las rodillas de color azul medianoche, una chaqueta manga larga del mismo color con franjas rojas, una gorra de plato azul, guantes blancos y zapatos de corte bajo. En la parte de mi pecho izquierdo estaban agrupados las insignias más destacadas del uniforme de Marines, el Águila, Globo terráqueo y Ancla.

En mi caso también tenía mi insignia de puntería en la cual tenía grabado la palabra "Rifle". La ceremonia terminó y cada soldado saludaba con emoción a sus familiares, me ahorré ese incómodo momento y me decidí a recorrer esta institución una vez más.

Perdida en mis pensamientos escuché una voz cálida que me trajo de nuevo a la realidad. Volteé y para mi sorpresa el teniente Houlton se encontraba parado frente a mí con su mirada seria y sus brazos cruzados a su espalda. Al ser un oficial su uniforme de gala era distinto, la franja escarlata en su pantalón lo distinguía de la tropa y al igual que sus extensas insignias en su duro pecho.

Sus ojos cafés se clavaron en los míos.

Extendió su mano derecha para apretarla con la mía, en ese momento sobraron las palabras. A pesar de que ese hombre hizo lo imposible para tratar de expulsarme, me dio valor cuando más lo necesitaba.

Le sonreí apretando más fuerte su mano, no sabía si lo iba a volver a ver,

pero marcó mi vida de ahora en adelante.

Unos minutos después Kim y Charlotte me acompañaban en la habitación mientras terminaba de llenar mi maleta.

Kim había sido asignada para un pelotón en tierra firme, dado que su actitud en el campo de entrenamiento fue excelente. Por otro lado, Charlotte junto con Thomas viajarían a Kansas a formarse como oficiales.

Nos despedimos con un tierno abrazo prometiendo volver a vernos. Suspiré al alejarme de otra nueva familia una vez más.

Y por último antes de tomar el autobús hacia Parris Island; era tiempo de despedirme de Travis.

Me esperaba cruzados de brazos junto al micro. Lo habían ascendido como teniente reclutador al igual que Houlton. Y por ello era necesario que siguiera en esta escuela. No negaba que lo extrañaría, fue quien me hizo sentir segura cuando mi instructor solo me basureaba, fue mi ancla cuando creí que no lo lograría. Por momentos fue mi Jason.

Me fui acercando a él desconsolada.

Me abrazó fuerte y sentí que algo dentro de mí se rompió.

—no va a ser la última vez que nos vemos chiquita. —Aseguró mientras me levantaba el mentón para que lo vea a los ojos.

—¿lo prometes?

—lo prometo.

Y en ese momento sentí sus labios por última vez.

## Capítulo 9

Parris Island comparado con Kitty Hawk era más cálido, más espacioso y con más vida.

Después de casi 8 horas de viaje llegué al reclutamiento. Sin tiempo para descansar me asignaron rápidamente un pelotón y comencé a entrenar. Aunque había mujeres en las instalaciones, era la única en mi elite, me sentí algo incómoda, pero al conocer mejor a mis compañeros noté que eran muy agradables y divertidos. Me adoptaron como la pequeña de su equipo. Literalmente.

El adiestramiento era mucho más extenso y se basaba en técnicas de combate, fusiles y camuflaje experto.

Al final del exhausto día y después de demostrar mis habilidades, mis superiores me denominaron Tirador Designado, se basaron en mi excelente precisión de hasta 800 metros. Fui la que más destaqué en la prueba.

También me asignaron a un recluta como observador, su nombre era Colton Thompson, un chico alto con gafas. Era el típico militar serio, pero al final del día logré robarle una sonrisa.

Pasó una semana desde mi primer día en Carolina del Sur, Colton y yo estábamos en una competencia de puntería, ambos formamos una amistad muy estrecha y saludable. En esta vocación tener un compañero en que confiar era fundamental.

—blanco en la mira. —Confirmó Colton mientras observada con sus binoculares.

Ambos estábamos en posición decúbito perfectamente camuflados en un ambiente verde. Fijé mi vista en la mira telescópica de mi fusil DMR, en esta prueba el blanco estaba en movimiento así que tenía que ser precisa en lo que respecta distancia.

300 metros.

500 metros.

800 metros.

—blanco perfecto. —Exclamó mi compañero.

Entrecerré mi ojo, suspiré y el fuerte cañón rugió. El ataque era

inminente.

A mi lado Colton sonrió, dejó los binoculares a un lado y me miró apaciblemente.

—eres genial — expresó.

Le hice un gesto frunciendo mi nariz y le sonreí.

—ambos lo somos.

Pasaron los meses y mis habilidades iban mejorando, ya no era la niña que solía ser.

Pensé en mi padre, fantaseaba con su orgullo, pero dentro de mi sabía que desde que falleció mi querida madre, dejé de importarle así nada más.

Yacía recostada en mi cama cuando el recuerdo de Chase volvió a mi cabeza, sentí sus dulces labios y de inmediato refunfuñé obligándome a no pensar en eso. A mi lado mi antipática compañera me miró con brusquedad ante mis extraños movimientos, forcé una sonrisa cuando me levanté para marcharme. En ese momento el sonido de la alarma de emergencia nos inquietó, cruzamos miradas y salimos del dormitorio. Los subalternos conducían a los soldados hasta el campo delantero, busqué con la mirada a Colton hasta encontrarlo, me reencontré con él y nos dirigimos con la multitud.

Nos encontrábamos en formación frente al comandante, éste se nos acercó para empezar su discurso.

Sentí de inmediato que algo andaba mal, la mirada del general era angustiante. Se aclaró la voz antes de hablar:

—es una desgracia para mí, informarles que la escuela de soldados de Kitty Hawk ha sufrido un ataque.

Me quedé dura, sin aire, mi corazón no paraba de latir con fuerza, lo único que pensé fue en Travis y Chase, ellos todavía estaban ahí, lo sabía, lo sentía.

Colton notó mi angustia y me tomó fuerte de la mano, sentía ganas de llorar, pero debía ser fuerte.

—al parecer un terrorista yahidista logró infiltrarse en la escuela trayendo consigo una bomba, se auto suicidó en el centro de esa instalación.

—Continuaba informando el General.

Sostuve mi cabeza negando, sentía que mi corazón se saldría de mi pecho. No podía seguir escuchando más.

—es, por ende, que necesitamos voluntarios para ayudar y apoyar a nuestros hermanos en esta tragedia.

Sin dudarlo fui la primera en presentarme ante el comandante en jefe, lo saludé formalmente mientras él asentía con orgullo.

Abordé el helicóptero para que en unas 3 horas podamos llegar a Carolina del norte, estábamos perfectamente equipados, uniforme camuflado MARPAT, botas blindadas, chaleco y casco ligero.

Crucé miradas con mi fiel amigo, él me sonrió con sus labios apretados. Ambos sabíamos que teníamos que estar preparado para enfrentar lo peor.

Llegamos a destino y mi cuerpo temblaba. Mi oficial superior lo notó.

—¿se encuentra bien Stuart? — preguntó con voz seca.

—sí señor. —me apresuré a contestar.

—no le mienta a un superior soldado.

Colton se tensó a mi lado.

—lo siento señor, tengo amigos en esta institución. —mi voz irritada se empezaba a notar.

El oficial agachó su cabeza. —entiendo.

Me mordí el labio para tratar que dejara de temblar. Comenzamos a caminar esquivando los escombros, todo era oscuridad y humo. Se podían escuchar los lamentos de los reclutas heridos. Solo le pedía a dios que estuvieran vivos, solo eso.

Ayudamos a unos cuantos soldados, pero no había señales de los dos tenientes.

—voy averiguar en la enfermería— le comuniqué a Colton, él asintió y me alejé hacia el otro extremo.

Caminaba con esperanzas de volver a verlos otra vez.

Mientras transitaba prestando suma atención, lo vi. Travis estaba en perfecto estado, con sus fuertes brazos ayudaba a sus compañeros a levantar un pedazo de columna que interrumpía el paso hacia la cafetería. Su uniforme color caqui estaba manchado de hollín debido a las llamas que los bomberos intentaban controlar.

Corrí hacia él.

—¡Travis! — grité.

Reconoció el sonido de mi voz y con desespero me buscó entre los cientos soldados que recorrían el lugar.

Me fui acercando y lo abracé, el desasosiego de su mirada desapareció apenas me vio, me aparté de él y lo palmeé por todas partes sin poder creer que lo había encontrado y lo mejor de todo, estaba vivo.

—Amelia ¿cómo es que estas acá?

—apenas me enteré no pude pensar en otra cosa, necesitaba saber que estabas bien. —confesé mientras nuestros ojos se encontraban. Me sonrió y me apretó fuerte a él. Me sentí segura pero todavía tenía que encontrar a Chase.

—¿has visto a Chase?

Travis desvió su mirada al suelo y pensé lo peor.

—es uno de los desaparecidos Amelia.

Mi corazón dio un vuelco.

—al parecer nadie sabía dónde se encontraba cuando sucedió, la mayoría de los soldados estaban en sus habitaciones, pero él no.

El gimnasio, tendría que estar ahí, miré hacia lo que quedaba de la escuela. La mitad de ella estaba en el suelo o ardía en llamas. Tenía que ir a buscarlo.

—ya vengo — le dije cuando empecé a caminar.

Travis me sostuvo el brazo y me miró frunciendo el ceño.

—¿a dónde vas? Es peligroso. — Dijo mirando con incertidumbre hacia el edificio.

—tengo que ir Travis, necesito hacerlo.

En ese momento entendió, los necesitaba a los dos con vida.

Caminé cuidadosamente sobre los desechos, las llamas de a poco se extinguían, me fui adentrando en el edificio gritando su nombre. No iba a descansar hasta encontrarlo.

Llegué al gimnasio y un obstáculo se interpuso, una gran viga bloqueaba la única puerta, intenté con mis fuerzas moverla, pero me era imposible.

—¡Chase! —grité hasta quedarme sin voz.

Pasaron unos minutos y no había señal alguna, quería mantenerme fuerte, pero me estaba derrumbando.

—¡Chase! —grité otra vez con voz ronca.

—¿Ame...lía? —contestó una voz irritada.

—¡Chase! ¡Oh por dios! ¿Estás bien? —pregunté acercándome a la puerta.

— me estoy... quedando sin... aire.

Me desesperé, intenté otra vez mover la pesada viga, pero no pude. Si iba por ayuda sería tarde para él.

—¿Aa... melia?

— no fuerces tú voz Chase, voy a sacarte de ahí ¿okey?

Tenía que pensar en algo, se me acababa el tiempo. En eso miré a mi fusil.

— esto tiene que funcionar —sostuve mi arma y apunté a la viga— ¡aléjate de la puerta! —grité.

1

2

3

Y las municiones de mi M24 impactaban contra la viga dejándola como escombros desechos. Rápidamente la corrí y abrí la puerta. Mi antiguo teniente yacía desmayado a unos pasos de la puerta. Lo sostuve arriba mío como él me enseñó y con lentitud lo llevé al exterior. Los paramédicos

lo atendieron enseguida dándole oxígeno.

Me quedé a su lado hasta que despertó. Mi cuerpo dolía de la fuerza que ejerció, pero no me arrepentía, lo había salvado.

Estaba amaneciendo y mi tropa partía hacia Parris Island. Colton y demás compañeros me esperaban en el helicóptero, mientras caminaba hacia él, me obligué a voltear una vez más. Travis y Chase estaban erguidos a unos metros observando mi partida.

Cuando abordé aún seguía con mi vista fija en ellos.

—¿así que ellos son los tenientes? —preguntó Colton.

—si ellos son. —Dije con un nudo en la garganta.

## Capítulo 10

### **Un año después.**

Caminar en la penumbra con la guía de las voces olvidadas, con miradas que te clavan en el alma. Miradas que te juzgan sin pesar. Espectros de un escenario violento se dejan ver al andar. Un enfrentamiento tortuoso de una guerra sin fin.

Una guerra que se ha llevado gente inocente, gente débil, sin nadie que los pueda salvar. Hombres, mujeres, niños. Nosotros éramos los héroes de nuestro país ¿quiénes eran los héroes de ellos?

Avanzábamos a ciegas, pueblos corrompidos de un lado, pueblos fantasmas de otro, esta guerra se lo ha llevado todo. Y todo por el poder, la política, el odio.

Me habían preparado psicológicamente, pero la cruda realidad superó mi ficción. Ver a esa gente desesperada por ayuda y pidiendo clemencia, rompió por completo mi corazón. Niños pasando hambre ¿qué monstruo haría algo así?

Nuestro uniforme color caqui se camuflaba perfectamente con el clima desértico, mi rifle DMR de Tirador Designado no se despegaba de mí, me mantuve alerta. Cada suspiro del cálido viento y cada resplandor del sol enemigo nos dejaba en el acecho. Esa vida era una encrucijada, podías caer o ser el triunfador en solo un segundo.

Avanzábamos día y noche hasta llegar a salvo al campamento. Nuestro líder era el teniente Williams, un fuerte marine experto en enfrentamiento de batalla y un excelente fusilero.

Nuestra tropa estaba compuesta por diez soldados, incluyéndome, todos éramos inexpertos a lo que respecta estar en una misión de alto riesgo. El paisaje de arena y rocas iba desapareciendo hasta adentrarnos en una espesa selva.

—¡estén alertas soldados! —comunicó nuestro teniente.

Avancé junto a Colton, desde que llegué a Parris Island nos hicimos inseparables y después de 1 año, lo seguíamos siendo.

Ramas partiéndose en nuestro paso, un susurro y nos atacaron. Nos agachamos por completo en el fangoso suelo, las municiones seguían, miré a todos mis compañeros, al parecer todos estábamos a salvo.

Arrastrándome llegué hasta el teniente. Su cuerpo estaba inerte sin movimiento, un líquido color escarlata bajaba por su mejilla. Le había dado perfectamente en la sien. Tapé mi boca en un sollozo y Colton me abrazó rápidamente.

—tenemos que avanzar Amelia. —Me dijo y sentí que mis lágrimas brotaron.

—no —negué— no podemos dejarlo acá.

—escucha —ordenó mirándome fijo— no lo vamos a dejar, pero tienes que ser fuerte, en nuestra situación a cualquiera nos puede pasar, incluso a mí. — Mí corazón dejó de latir al pensar en eso.

—eres la mejor de nuestro equipo, sácanos de aquí. — Pidió dándome aliento.

Algo en mí se prendió, vi a mis compañeros, cada uno de ellos incluso yo estábamos asustado. Pero todos debíamos ser fuertes. Podía darle a un objetivo a 800 metros, pero para salir de esta pesadilla necesitaba la ayuda de todos.

Pero primero tendría que encontrar al francotirador que ocasionó la muerte de mi superior.

—debemos de encargarnos del responsable. — Miré a Colton y asintió. Después de buscar detenidamente a nuestro objetivo lo encontramos. Estaba perfectamente camuflado esperando realizar otro ataque. Pero esta vez sería yo el elemento sorpresa.

— está a 900 metros Amelia. —Confirmó preocupado.

—bien, a partir de hoy seré un francotirador. — Aseguré mientras enfocaba mi blanco en la mira.

Apretando fuerte mis labios disparé y el objetivo cayó.

Seguí guiando a la tropa a salvo hasta llegar al campamento. Los oficiales superiores me felicitaron, pero la muerte del teniente aún seguía en mi memoria. Haber abatido al culpable no me alivio, quería que esta guerra terminará antes de perder a alguien que realmente quería.

Los días pasaron y aún no teníamos un oficial superior para guiarnos en lo que resta de la misión. Mi tropa se aburría; hasta el día en que el comandante del campamento entró de improvisto en la tienda.

—soldados firmes!

De inmediato nos colocamos en formación y lo saludamos formalmente.

—les presentó a su nuevo líder —un hombre uniformado entraba con cautela, una gorra cubría su cara— el teniente Chase Houlton. — Levantó el mentón y nuestros ojos se reencontraron.

Baje mi mano sin tener fuerza de sostenerla, mi corazón no dejaba de latir. Solo quería correr a sus brazos.

Nuestro nuevo líder era audaz, fuerte, intrépido y meramente frío.

Cuando apenas cruzamos las miradas, sus ojos expresaron sorpresa y alivio a la vez.

—bien soldados, apróntense para seguir. — Ordenó mirando seriamente a cada uno.

Cuando su fuerte presencia se acercó a mí, esbozó una sonrisa.

—me alegró que se encuentre a salvo soldado. — El sonido de su voz fue

tan cálido que hizo estremecer mi cuerpo.

Le dediqué una sonrisa nerviosa y me alejé a preparar mis cosas para partir nuevamente.

Nuestra meta consistía en acercarnos lo más prudente posible al campamento oeste del enemigo. Según información de los espías, en ese mismo lugar fabricaban las letales armas con las cuáles asesinaban a su propia gente.

Si lográbamos estallar esa instalación, sería un paso enorme para acabar con esta guerra.

Estaba anocheciendo y nuestro teniente nos dio luz verde para detenernos. Nos turnábamos una guardia de dos horas para que todos pudiéramos descansar.

Mi mente trabajaba a mil por hora haciéndome imposible dormir, yacía boca arriba observando el hermoso firmamento nocturno, estaba completamente despejado y las resplandecientes estrellas lo adornaban. Fue mágico, a pesar del lugar donde me encontraba sentí un poco de paz.

Chase se recostó a mi lado.

—confieso que tenía muchas ansías de encontrarte. — Lo miré y su mirada compitió con el brillo de las pequeñas bolas de gas que flotaban en el cielo.

— y yo me alegro de que estés conmigo... Digo aquí... bueno aquí no... No me alegro mucho... olvídalos. — Balbuceé como una tonta y se rio a carcajadas, agradecí que la oscuridad no delatara mi ardiente cara.

Volteé mi cuerpo a un costado hasta quedar frente a él.

—¿por qué fuiste tan brusco conmigo? — me atreví a preguntar, Chase entrecerró los ojos frunciendo su pequeño ceño.

—solo te estaba preparando — dijo sin más.

—¿más que a los demás? —junté mis cejas sin poder comprender su cara de póquer.

— no te voy a negar que no quisiera que estuvieras ahí, pero solo era por el mero hecho de protegerte, aunque eso implicará que no te volviera a ver —desvió su mirada de mis ojos— no fue mi intención compararte con Emily, pero la verdad es que me la recuerdas. Más de lo que crees

—suspiró.

Esa vez él se giró hasta quedar tumbado boca arriba.

—más que nada vuestro espíritu de justicia —agregó.

Escuchaba sus palabras detenidamente, era un hombre vacío y quebrado por dentro, pero cuando me miraba su alma volvía a renacer.

Había algo más que solo arrogancia entre nosotros.

—pero a pesar de todo, no eres la niña mimada que creí que eras—  
Confesó con una sutil sonrisa.

—nunca lo fui —susurré manteniéndome seria.

Giró su cabeza hasta mirarme confundido.

—mi madre falleció hace 5 años —mi voz se quebrantó— mi padre se volvió un drogadicto. Apenas tenía 13 años cuando tuve que empezar a trabajar para comer y además pasaba la mayor parte de mi tiempo preocupada de que los horribles amigos de mi padre no me violarán; pero aun así logré mantener mi trabajo y graduarme, ser reclutada por la Marina fue lo mejor que me ha pasado.

Mis ojos estaban vidriosos, pero contuve mis lágrimas.

Lo miré y vi algo distinto en su mirada, rabia y remordimiento.

—ya era fuerte cuando llegué a la escuela, pero tú me hiciste aún más dura. — Dije y lo miré apaciblemente.

Negando con la cabeza se levantó. —descansa.

Lo vi alejarse hasta que tomó el lugar para hacer la guardia.

Al día siguiente avanzábamos por un húmedo bosque. Me estremecí al pensar en la última vez que entramos en un lugar así, caímos justo en una emboscada y nuestro valiente teniente sufrió las consecuencias.

Caminaba pensando en nuestro superior que lideraba la tropa. Él nos vigilaba desde atrás, manteniéndose siempre alerta.

Estábamos en un momento inconcluso, Colton y yo éramos los primeros en avanzar. Lo único que se oía en la espesa maleza era el cantar de las exóticas aves, pero de repente el sonido que transmitía el ambiente se fue

disminuyendo hasta quedarnos en completo silencio. Sentía que algo no andaba bien.

Crucé miradas con Chase y él me miró con el ceño fruncido.

En ese momento algo rebota desde los arbustos y aterriza a pocos metros del teniente. Abrí los ojos ampliamente.

—¡ia un lado! —grité y los soldados saltaron lo más lejos posible de la bomba.

El fuerte estruendo hizo eco en mi cabeza, era tanto el poder que me aventó lejos hasta chocar bruscamente con un árbol. Al recuperar mi conciencia un fuerte zumbido me atormentó, no podía escuchar nada y todo a mi alrededor se tiñó de negro a causa del espeso humo, las llamas estaban consumiendo todo a su paso. Me levanté y con mis últimas fuerzas avancé hasta encontrar a mi equipo.

Mientras avanzaba noté a mis compañeros que yacían quemados sin vida en la maltrecha maleza. Sollozando busqué a Colton pero nunca respondió a mi llamado.

Tampoco veía señales del teniente y poco a poco me comencé a desesperar.

## Capítulo 11

Estaba desorientada por el fuerte golpe de la explosión. Mis tímpanos estaban tapados y solo escuchaba un ligero zumbido. Fuego y humo cubrían el lugar. Gateé en la oscuridad tratando de encontrar una salida de esa encrucijada. Nuestro enemigo volvió a vencer una vez más.

El zumbido se hacía cada vez más intenso y sentí que me faltaba el aire.

Dentro de las penumbras logré divisar a Colton, estaba boca abajo y respiraba con dificultad. Trató de decirme algo, pero me era difícil escuchar. Lloré angustiada pidiéndole a gritos que sea fuerte, pero se estaba desvaneciendo en mis brazos.

Otra vez mi mejor amigo padecía por culpa de la filosofía humana de querer controlar todo. La Ironía de la democracia, creer que uno esta absuelto, pero te arrastra con el intento.

—¡Chase! — grité. Quería encontrarlo, pero estaba perdida, aún si gritara mi nombre no podía escucharlo.

Traté de alejar a Colton lo más lejos posible, aunque no tuviera casi ni fuerzas, no dejaría a mi amigo en ese lugar.

Pasaron los minutos y me alejé de la zona roja, conseguí refugio y me quedé con él. Colton dejó de respirar segundos después y me ganó la impotencia. No pude salvarlo.

Estaba devastada y lloraba con desconsuelo, pero tenía que salir de aquí, tenía que mantenerme sólida. Colton se merecía un lugar mejor.

Llevándolo arrastras mis lágrimas caían por mi mejilla sin poder contenerlas.

Había perdido a mi fiel compañero, ya no escucharía sus chistes malos otra vez y ya no habría alguien que me mantenga cuerda cuando me derrumbaba ¿en quién confiaría ahora?

Con cada recuerdo mi corazón se despedazaba en mil pedazos haciéndome imposible continuar. Caí a mis pies con mis lamentos a flor de piel. No lograba ser fuerte, no en ese momento.

—¡Stuart! — El sombrero bosque hacía eco de una voz grave y lejana.

Miré a mí alrededor y no lograba distinguir nada. Todo daba vueltas y vueltas. Sentí mi cuerpo pesado hasta caer junto a Colton. Mis ojos

cansados comenzaron a cerrarse.

El olor salado del océano y una brisa cálida fue lo que sentí al despertarme. Una lona verde me resguardaba del ardiente sol. Me senté en la baja camilla. Mi adolorida cabeza se encontraba vendada.

Chase estaba tiernamente dormido en una silla a mi lado, una gran venda cubría su brazo derecho y en su cara pequeñas cicatrices me recordaron ese fatídico suceso.

Sus pestañas se movieron y abrió sus hermosos ojos cafés.

—¿y Colton? — Logré preguntar con mi voz ronca.

El teniente se enderezó en su silla y extendió su mano para entrelazarla con la mía.

Agachó la cabeza. — él... Él es uno de los caídos Amelia.

—lo sé, padeció en mis brazos. — Una lágrima rozó mi mejilla y él la atrapó.

—idios Amelia! —se derrumbó en mi regazo— creí que te había perdido.  
— Prosiguió a decir.

El vacío que me dejó Colton era notorio, pero al ver a Chase perfectamente sano mi corazón volvió a latir con normalidad.

Los días pasaron y el duelo de mi amigo me dejó sin vida, sin ánimo, sin alegría. Quería acabar con esta guerra y lo haría por ellos.

Cuando estaba emocionalmente pronta para continuar, algo inesperado se nos presentó. Nuestro comandante nos separó, a Chase lo asignaron a comandar un pelotón de infantería para contraatacar en una batalla abierta y a mí me asignaron al cuerpo de Elite del comandante, según él, necesitaba a alguien con mis habilidades.

No quería separarme otra vez del teniente, él también protestó por ello. Pero entendí que, si seguía la guerra con él y si lo llegaré ver morir en mis brazos, no iba aguantar. Ya no iba a ser la misma.

—es lo correcto. — Le dije antes de partir con mi equipo.

—¡no! No lo es, tú perteneces a mi tropa. — Demandó furioso.

— prométeme que regresaras a salvo. — Dije ignorando su cólera, necesitaba su promesa.

El negó lentamente aún enojado.

—si te pierdo como perdí a Colton, no lo soportaría, no en mis brazos.

—ese no es el hecho, tienes que mantenerte firme, a todos nos puede pasar, a mí, hasta incluso a ti. —Dijo con su fuerte voz.

Me giré negando, no lo entendía.

A penas logré moverme cuando su brazo sostuvo el mío, volteé mi cara y lo miré a los ojos.

—pero no voy a permitir que algo te suceda. — Concluyó.

Me marché con mi equipo, Chase me miró fijo mientras me alejaba. Una chica robusta se me acercó y me palmeó la espalda.

—¿me parece a mí o conseguiste que el chico malo se enamorará? — La miré confundida.

Ella me sonrió. —todo se vale en la guerra y en el amor ¿no? — Levantó las cejas en señal de que debía actuar.

Esa frase siempre me pareció absurda, pero desde mi punto de vista sentí que mi corazón salía de mi pecho. Giré y ahí estaba, cruzado de brazos y con su fría mirada. No sé qué me atacó en ese momento, pero comencé a correr hasta llegar junto a él.

Frunció su encantador ceño y le sonreí.

Un segundo después lo besé, sus tiernos y dulces labios se complementaban con los míos.

Me dio paz en mi tormento.

El cuerpo de Elite especial estaba compuesto por hombres y mujeres muy bien entrenados, el promedio de sus edades era de 28 años. Yo era la única con tan solo 20 años y con poca experiencia en el campo de batalla.

La diferencia de edades nunca me había molestado, ni siquiera con Chase,

pero ahora me sentía inferior.

Nos habíamos detenido y nuestro comandante comenzó un reconocimiento del lugar.

Estábamos a pocos metros de nuestro objetivo.

La base enemiga estaba sumamente custodiada y teníamos que planear sabiamente como ingresar.

—soldado Collins, soldado Taynes, acérquense. — Ordenó nuestro líder.

— ¿creen que pueden darles a los blancos izquierdos a unos 400 metros?

— preguntó observando con unos binoculares.

Ambos soldados asintieron y se colocaron en posición. Unos segundos después realizaron un disparo preciso abatiendo a los dos guardias que custodiaban la entrada principal.

—soldado Stuart —me llamó con su grave voz— usted y la soldado Robbins se alejarán hacia el norte y en un perfecto camuflaje esperarán desde la altura el inminente ataque, serán nuestro elemento sorpresa.

—confío en su precisión soldado. — Concluyó mirándome fijo, asentí y me acerqué a mi nueva compañera.

La soldado Robbins era la misma chica robusta que me incentivó a despedirme adecuadamente de Chase. Me sonrojé en solo pensarlo. Lo extrañaba.

Caminamos hacia el alto acantilado que nos indicó nuestro comandante.

—qué suerte tienes. — Comentó la pelirroja que por un momento me recordó a Charlotte.

Junté las cejas mientras la miraba.

— por tú teniente. — Dijo levantando las cejas.

—ioh! —exclamé.

—es un sueño. — Concluyó cuando trepaba una roca.

— sí que lo es. —Sonreí pensando en él.

Sus hermosos ojos cafés, su pelo negro, su rostro serio y su musculoso cuerpo, sí que era de ensueño.

Unos minutos después llegamos al lugar perfecto para aguardar.

—estamos a 1 kilómetro y medio. — Informó mi compañera mientras observaba con el binocular.

Miré a mi fusil, dudé que pudiera realizar un disparo con mucha determinación a esa distancia.

—tenemos que intentarlo — dije seriamente mientras que ella me miraba con preocupación.

Desde la radio le comunicamos a nuestro líder que ya estábamos en posición.

Ellos comenzaron a avanzar sigilosamente hacia el punto de encuentro.

—derribe al blanco en la línea vertical soldado —ordenó con voz seca— está exactamente a 100 metros de nosotros, y al parecer ha descubierto nuestra posición.

Miré al objetivo por la mira telescópica y el blanco se hallaba 1350 metros con exactitud. Mi labio inferior temblaba mientras me preparaba para

realizar el disparo.

—es tiempo. — Me informó Robbins.

Tragué saliva y disparé. Para mi sorpresa el blanco cayó.

—muy bien hecho soldado, comenzaremos a avanzar. —Comunicaba nuestro comandante.

Mi pecho se alteró enérgicamente a causa de la adrenalina que me despertó el rugido del fuerte cañón.

Amaba hacer eso.

Yacíamos en posición de cúbito, perfectamente camufladas observando cómo nuestros compañeros acababan con la base enemiga. Después de mi nervioso tiro ya había domado esa distancia y abatí a unos cuantos en esa batalla.

Hacía mis disparos con total precisión y mi compañera me miraba asombrada.

—eres la francotiradora más letal que he conocido.

Sus palabras me estremecieron, era buena lo sabía, pero no quería ser letal.

## Capítulo 12

Llegamos a nuestro campamento en la playa; en nuestras caras se notaba el entusiasmo de volver triunfantes, hemos perdido batallas, pero ganaríamos la guerra.

Volvería a ver a Chase y eso es lo que más me emocionaba, el equilibrio que me da pensar en él es lo que me mantenía fuerte y me ayudaba a no pensar demasiado en Colton.

—descansen soldados, se lo merecen. — Nos ordenó el comandante con una mirada satisfactoria.

Éste se acercó a mi lado y palmeó mi hombro.

—tienes un gran futuro como Marine, bien hecho soldado. —En su voz se notaba una especie de vibración difícil de explicar. En ese momento pensé en mi padre, tal vez así se sentiría que te miraran con orgullo.

Pasaron las horas y la tropa de Chase aún no arribaban al campamento. Me quedé en el frente esperándolo.

Estaba empezando a oscurecer y la temperatura bajo. Mis compañeros se me acercaron más de una vez, pero insistí en quedarme en ese lugar. Quería estar ahí. Quería verlo volver.

Unos movimientos me alertaron, el pelotón estaba llegando, pero no de la forma que esperaba, al verlos tan afligidos y moribundos, entendí. El enemigo los emboscó una vez más.

Llamé por ayuda mientras buscaba al teniente. No lograba encontrarlo ni con los heridos, ni con los que habían fallecido. Sentí como mi corazón se agitó.

—¿y su teniente comandante? — pregunté demandando una respuesta.

Los soldados conscientes desviaron mi mirada agachando la cabeza. Algo no estaba bien. Me encontraba en el medio del augurio con mi ceño fruncido y mis fosas nasales dilatadas debido a mi respiración agitada. El comandante supremo vino a mi encuentro, colocó su mano en mi hombro mientras miraba a la nada esperándolo, un reflejo de su sonrisa vino a mi mente y me estremecí.

—el pelotón del teniente Houlton ha sufrido nuevamente otra emboscada.  
— Su voz se notó quebradiza.

Apreté los labios aún sin poder mirarlo a los ojos, agaché la cabeza.

—Chase al igual que otros soldados han sido secuestrados según informa la tropa —mis lágrimas estaban a punto de brotar— se están tomando las medidas necesarias para lograr rescatarlos.

Me sequé las lágrimas y giré para ver a mi comandante a los ojos.

—quiero formar parte de ese escuadrón — supliqué. Mi superior asintió y se alejó.

Me quedé unos minutos más dejando de contener mis lágrimas. Toqué con nostalgia la cadena que Jason que obsequió.

—Chase —susurré al fresco viento— aguanta, voy por ti.

Me acerqué a la base de comando, el comandante planeaba sabiamente una estrategia.

Esa misma madrugada nos preparamos para ir en busca de nuestros compañeros.

Era la primera en la tropa, me mantuve detenidamente alerta, nada ni nadie me detendría para ir en busca del teniente. Los demás soldados sabían que era más que compañerismo lo que me incitaba a seguir. Tal vez era amor o la necesidad de volverlo a ver, pero no iba a aceptar perder a alguien más, no esta vez.

Faltaban dos horas para que el sol saliera de su escondite, nos encontrábamos a unos 500 metros de la base general del mando enemigo. Había movimiento extraño, los soldados contrincantes llevaban a nuestros compañeros encapuchados hasta el medio del campo. Los ataron a cada uno a una columna de madera. No había que ser muy inteligente para saber lo que venía a continuación. Tal vez creyeron que, al tenerlos cautivos íbamos a venir a su rescate al amanecer y por eso decidieron fusilarlos en ese momento. Pero insistí tanto que el comandante aceptó la propuesta de salir lo más antes posible.

Sin esperar las órdenes de nuestro líder, corrí para alejarme de mi equipo, me situé para acabar de un disparo a esos inútiles. Sentí rabia por dentro. No sabían con quién se metían.

Antes de que el comandante me alcanzara, le disparé a uno de los fusileros en el medio de su frente. Un segundo después una luz me encandiló, soldados rivales llegaron rápidamente a mi encuentro y con la culata de su rifle me golpearon brutalmente en la nuca. Todo había sido

una trampa.

Desperté y con mis ojos abatidos recorrí el lugar, me hallaba con mis brazos tendidos sosteniendo mi cuerpo, no sabía cuánto tiempo había estado desmayada, pero me sentía cansada, sedienta y no tenía fuerzas para continuar. La imagen de Chase amarrado en esa viga apareció en mi mente, no sabía que había ocurrido luego y no quería pensar en eso. Creer que había muerto y que no pude salvarlo me abatía aún más, si él ya no estaba ya no había esperanzas para mí.

Pasaron unas cuantas horas luego de despertar y nadie se había acercado a ese viejo sótano.

Esperaba mi fin sin certeza alguna.

Mis ojos se iban cerraron del agotamiento, en ese momento distinguí a una joven chica con arrapos, traía una bandeja con agua y un pan viejo. Con un cuchillo, cortó la soga y caí abatida al sucio suelo. Se acercó hasta mí y me señaló la bandeja con las manos en forma de oferta. Presentí que no hablaba mi idioma.

El agua era como ácido en mi garganta seca, con mis manos temblorosas agarré el pan y con timidez comencé a comerlo. La chica rubia me miraba con pesar.

— ¿sabes... Sabes algo de mis... Compañeros? — pregunté titubeando.

Ella me miró sin desconcierto, tal vez si no hablaba mi idioma. Apenas terminé ella se movió para alejarse del viejo y asfixiante sótano. Creí que me ataría otra vez, pero no, solo me miró con preocupación antes de abrir la añeja puerta.

- solo tú estás aquí. - Dijo con su voz suave e inocente.

- espera - Espeté antes de que la vieja puerta se cerrará y la trancará por fuera.

"Solo tú estás aquí" "solo tú estás aquí" Sujeté mi cabeza con ambas manos, mi llanto surgió desde muy adentro.

Solo podía significar una cosa, esa noche los habían asesinado.



## Capítulo 13

Cada día que pasaba no lograba mantenerme firme. La joven rubia venía con agua y pan, aunque le suplicara, desde aquel día no había emitido ninguna sola palabra. Perdí las esperanzas.

Dormía la mayoría del tiempo debido a mi cuerpo entumecido por el cansancio. Esperaba con ansias a la taciturna joven que traía consigo agua.

Esperé y nunca llegó. En su lugar entraron tres hombres, dos de ellos llevaban viejos uniformes de un rojo descolorido, el último era de color negro y con unas extrañas medallas en él. Su líder. Sin fuerzas me erguí para enfrentarlos. Éste rio a carcajadas y con un dedo me empujó hacia los escombros. Noté como seguía riendo con histeria mientras se desajustaba el cinturón. Recordé al viejo amigo de mi padre y me llené de ira, no sé cómo, pero justo cuando se abalanzó hacia mí, le di una patada que chocó con su cara haciéndolo caer en dirección contraria. Podía morir, pero nadie tocaría mi cuerpo.

Justo en ese momento más soldados vinieron al encuentro de su general. Le susurraron algo al oído y éste abrió los ojos ampliamente mientras se sostenía su quijada.

Se irguió para alejarse y en su paso detuvo a los dos soldados que lo custodiaban.

— tortúrenla — masculló con su ridículo acento.

Los dos soldados vinieron a mi encuentro, traté de zafarme de su agarre, pero ya no me quedaban las suficientes fuerzas. Uno de ellos me golpeó duramente la cara haciendo que mi ojo se hinchará, otro me aventó fuertemente al suelo y golpeó mi abdomen hasta que escupí sangre por la boca. Sentí que estaba a punto de desmayarme del dolor, veía borroso y ya no podía distinguir el lugar.

Los soldados seguían pateándome sin piedad. Mi cuerpo ya no se movía, era solo cuestión de tiempo.

Un crujido en la puerta los alteró haciendo que parasen mi tortura, hablaron en un idioma extraño y sacaron sus armas para apuntar a la puerta. No pude observar más ya que mis ojos se cerraron. Oí que la puerta se abrió y los sonidos de los disparos retumbaron en el viejo y mal oliente sótano.

— malditos — dijo una voz y nuevamente se oyeron más disparos.

Sentí que mi frágil cuerpo era levantado, quería abrir los ojos y ver su cara, pero mi cuerpo ya no respondía. Era solo un cuerpo con un alma vacía que no podía sentir el tacto de aquella persona por la cual le debía mi vida. Solo era un espectro sin vida a la cuál le habían arrebatado todo.

Mi cuerpo no había reaccionado por varios días, aun así, podía escuchar susurros de personas que hablaban.

No sabía dónde estaba, ni con quién, pero me sentí a salvo.

Cuando mi cuerpo recuperó total movilidad, mis ojos se abrieron. La luz del día me encandiló, todo era blanco, miré a mí alrededor y reconocí el

lugar.

Era la sala de un hospital.

¿Pero cómo era posible? Tendría que estar en misión, en un campamento, en el medio de la nada, no aquí.

Me erguí hasta sentarme a horcajadas en la cama, sentí mi garganta seca y tomé del vaso que me aguardaba en la mesa contigua. Ya no llevaba mi uniforme sino solo una bata blanca, traté de levantarme; aunque falle en el intento. Una enfermera que pasaba me ayudo de inmediato a levantarme del frío suelo.

— tienes que tener cuidado, llevas días sin moverte. —me informó.

Me ayudó a volver a la camilla y me quedé sentada, mi cabeza daba vueltas por el reciente mareo.

— ¿qué hago aquí? —pregunté confusa— ¿dónde estoy?

La enfermera me miró tiernamente mientras sonreía.

—es el hospital del pentágono —comentó— soy la oficial Green del Cuerpo de Marines.

Fruncí el ceño sin lograr entender, lo último que recuerdo es haber sido torturada en un pequeño sótano.

La amable oficial seguía sonriéndome, atrapó un mechón de mi pelo y lo colocó detrás de mi oreja.

—descansa, fuiste muy valiente.

Me acosté obedeciendo sus órdenes, al momento de cerrar mis ojos,

imágenes del teniente Houlton vinieron a mi cabeza. Desperté rápidamente para preguntarle por él, pero la oficial ya se había ido.

Volví a cerrar los ojos mientras una lágrima caía por mi mejilla. Una parte de mí no quería escuchar la verdad.

Al otro día mi cuerpo reaccionó por completo y me levanté para ducharme.

El agua cálida me reconfortó, vi el reflejo en el espejo y me asombré, no sabía con exactitud los días que había pasado en ese sótano, pero al ver mi cuerpo sumamente delgado comprendí que había pasado tiempo. Mi cara lucía pálida y enormes ojeras resaltaban mis ojos color miel. Mi pelo no había cambiado, seguía igual de largo y oscuro. Al lado de mi camilla se encontraban mis pertenencias, me vestí con mi amado uniforme y me coloqué una gorra para tapar mi afectada cara.

Con cuidado abandoné la habitación, no conocía el pentágono, así que busqué a la oficial Green para que me acompañase. Tenía que hablar con algún superior, quería saber con exactitud qué había ocurrido la noche de mi secuestro.

## Capítulo 14

La fresca tempestad que me atormenta en las noches no se compara con la crueldad y avaricia que acecha en mi antiguo barrio.

Después de aclarar mis dudas con mis superiores y pedirle una última oportunidad de regresar a la misión, ellos me lo negaron y a cambio una notificación me esperaba.

Mi padre había enfermado gravemente debido a una intoxicación con diferentes drogas. Sus 57 años le estaban pasando factura.

Me encontraba en un vuelo para regresar a New York, mi comandante supremo me dio un receso de 2 semanas para mejorar las cosas en mi casa. Según él, fui una de las mejores en esa misión y esperaban más de mí.

A solo una hora de vuelo, tenía mis pensamientos sumergidos en Chase, me habían informado que se encontraba con vida y perfectamente sano, me confesaron también que fue él, el que me liberó de ese sótano. Me había rescatado, pero el dilema ahora es que por un tiempo no iba a poder regresar. No importaba el tiempo que tendría que esperar, estaría aquí, siempre para él.

El problemático barrio no había cambiado en lo absoluto, las calles seguían siendo peligrosas y las pandillas lo gobernaban; pero ya no era la misma de antes, confiaba en mis habilidades, podía darle a un blanco en movimiento mejor que los oficiales de policía de esta ciudad.

Antes de llegar a casa, pasé primero por el comercio de mi segunda familia, ellos que me dieron de comer cuando más lo necesitaba, que a pesar de solo tener 13 años me acogieron en sus manos. Fueron mi salvación en mis momentos de melancolía.

Me sorprendió verlo cerrado y abandonado, grafitis decoraban la chapa de resguardo. Avancé sin preguntar a la parte trasera del lugar y su casa estaba igual de abandonada, no entendía nada, pero presentía lo peor. Entré en el comercio de reliquias que se encontraba a continuación y vi una cara familiar. La señora Brighton, una viuda de unos 47 años me sonrió amablemente.

—oh! Amelia, que agrado verte después de tanto tiempo. — comentó acomodándose los lentes.

—lo mismo digo Claire —le sonreí— ¿qué les pasó a los Morrison? ¿Por qué

se fueron? — pregunté con un nudo en la garganta.

Supe en ese momento que algo andaba mal, los ojos de la señora se volvieron vidriosos y una lágrima escapó de ellos.

—Amelia... Amelia... —cerró los ojos mientras se acomodaba en una silla, sus manos temblaban— ellos... Ellos han sido asesinados. — Susurró con lamento.

Me tambaleé al punto de casi caerme, mi presión se hallaba por el piso. Esto no podría estar pasando.

—pero... ¿Cómo? ¿Qué pasó? ¿Por qué? — pregunté en llanto.

—la pandilla roja. —Titubeó.

Tres palabras, solo tres palabras para que mi llanto cesará y mi mirada se volviera fuego. Esa pandilla otra vez. La pandilla a la cual había pertenecido Jason y la misma que lo había traicionado.

Abracé apaciblemente a la señora y me alejé con la sangre hirviendo.

Nuevamente tenía otra meta. Iba a acabar con esa pandilla.

Esa misma tarde caminaba de regreso a mi antigua casa planeando sabiamente una estrategia. Decidí volver a mi barrio vestida de civil, ya que no quería que nadie conociera la experimentada profesión en la que me convertí.

A una manzana de llegar, la pandilla roja se cruzó en mi camino, por la mirada de su líder me di cuenta de que me reconoció. Sin mostrar gesto alguno seguí avanzando, los ignoré. Todavía no era la hora.

Llegué a casa y todo lucía muy distinto. Al parecer mi viuda vecina decidió darle afecto a mi deshecho padre 24 horas al día.

Entré en la desconocida casa y la señora Tainos me abrazó cordialmente. —¡oh Amelia, haz vuelto! —exclamó.

Asentí mientras me alejé de su agarre. Con mis maletas a cuestas rogué para que mi dormitorio siguiera igual. Para mi sorpresa todo se hallaba exactamente en el mismo lugar. Las fotos de mi madre y de Jason seguían recibéndome con cariño, en un extremo el póster de la chica militar que tanto me dio ilusiones y a mi lado la vieja y pesada cómoda que tanto me protegió. Me sentí una niña otra vez, pero con mi reflejo enfrente distinguí que ya no lo era.

Me había convertido en toda una mujer, bella, temerosa, impulsiva y

hasta letal.

Era una completa Marine.

Luego de sentirme a gusto en esta nueva casa, era hora de enfrentarlo. Volvería a ver a mi padre después de 2 años y medio.

Yacía recostado, descansando plácidamente. Me quedé sentada observándolo. Se había cortado el pelo y afeitado la fea y larga barba. Se parecía al hombre feliz que una vez fue. Por dentro el vacío que sentí durante años se comenzaba a llenar. Todavía había esperanzas.

Sus cansados ojos comenzaron abrirse y pestañearon varias veces al verme. Se levantó rápidamente y me abrazó. Lloraba desconsolado y un nudo se formó en mi garganta.

—Amelia... Amelia... Por dios.

Una lágrima cayó por mi mejilla.

Se alejó y me miró a los ojos, con su agrietada mano tocó mi mejilla.

—creí por un momento que te había perdido. — Su voz se hallaba ronca y desgastada.

—estoy aquí Padre. —Le sonreí.

—por favor Amelia, perdóname, sé que no fui un buen padre, perdóname

—suplicó mientras su respiración se agitó.

—necesitas descansar. —Le dije mientras lo ayudé a volver a la cama. Le tomé de la mano y lo miré.

—te perdono Padre, siempre lo he hecho.

Más lágrimas salían de su mejilla, me fui alejando hasta llegar a la puerta, volvimos a mirarnos.

—descansa, por ahora no me iré — aseguré. Él asintió con una sonrisa y volvió a cerrar los ojos. Al cerrar la puerta una sensación de alivio recorrió mi cuerpo.

Ahora solo me quedaba hacer una cosa más en este barrio.

Con unos jeans desgastados y una sudadera negra que pertenecía a mi querido amigo, salí con sigilo de la casa.

Eran alrededor de las 11 de la noche, caminé sin pánico por las oscuras calles del Bronx. Era una noche fresca y húmeda, pero eso no me detenía.

Como lo había imaginado, los incrédulos chicos se encontraban en una esquina, embriagándose y consumiendo algún tipo de droga.

El líder me vio y con una sonrisa burlona comenzó acercarse.

—tú eres la ramera del difunto Jason ¿verdad? —su tono de voz era tan agrió y asqueroso como su cara.

Lo fulminé con la mirada y solo se rio.

—¿qué hace una preciosura como tú tan sola? —preguntó a un centímetro de mi cara.

—no es de tú incumbencia. — Alegué secamente.

—pues nena déjame aclararte algo —comentó acercándose demasiado y con una de su mano me apretó la nalga izquierda— todo, absolutamente todo lo que pasa en este barrio me incumbe.

Recordé la noche en la que el viejo general enemigo intentó tocarme, apreté fuerte los dientes y en un impulso le quité la mano apretándola tan fuerte que gimió del dolor, la sangre comenzaba a hervir y solo significaba una cosa. Adrenalina.

—te crees muy ruda ¿eh? — especuló mientras me amenazó con una cuchilla.

—pruébame —escupí en su cara.

Gruñó y sus compañeros se abalanzaron hacia mí. Luego de unos segundos noqueé a dos de sus integrantes, el tercero me costó, pero gracias al entrenamiento duró del teniente, logré abatirlo. El furioso líder me miró con recelo aún con la cuchilla en la mano. Se lanzó hacia mí y esquivé su puño, era tanta la crueldad con la que trabajaba que con su mano libre me apuñaló a sangre fría en el abdomen. Me miró tan diabólicamente mientras clavó la navaja profundamente.

Las sirenas sonaron de un momento a otro y le sonreí. El avaro chico me miró confundido. Me soltó de su agarre haciéndome caer fuertemente al suelo. Trató de huir, pero los oficiales lo detuvieron.

Todo había salido acorde a mi plan. Si le hubiera disparado, me habrían expulsado de la marina. Por eso dejé que me hiciera daño, eso y los kilos de droga que extrajeron de su escondite lo encerrarían unos cuantos años en la cárcel.

Unos días después me encontraba en la tumba de Jason despidiéndome, mi profunda herida comenzaba a sanar justo antes de volver.

Mi estrategia había funcionado y dejé a este barrio sin esa amenaza tan ruin. Ahora solo dependían de los habitantes dejar el miedo atrás.

## Capítulo 15

El cálido sol de Parris Island me despertaba. Luego de pasar esas dos semanas con mi padre, ya era hora de volver. La herida no había cicatrizado por completo, pero era un buen recuerdo de lo valiente que fui.

Llegué a la escuela y nada había cambiado, los nuevos y nerviosos reclutas se alistaban con los oficiales coordinadores, un leve recuerdo llegó a mi cabeza. Enfrentar esto sin Colton era un tormento doloroso. Caminé con desgano hasta mi antigua habitación. No quería estar en ese lugar, mi alma me pedía a gritos volver al campo de batalla. Principalmente para encontrar a mi teniente.

Luego de pasado un mes entrenando como francotirador calificado; llegó el día en que me reconocían mi trabajo como Marine y despedían a los caídos.

Me apronté con mi uniforme azul y rojo y salí de la habitación, muchos me saludaban y me felicitaban, pero me hacía falta algo.

Llegué al campo y caminé seriamente en dirección a mi asiento, no quería levantar la vista al público, pero inconscientemente lo hice. Me sorprendió ver a mi padre y a su enérgica mujer saludándome con euforia. Mi corazón se estrujó al ver a mi padre vestido de traje, lucía contento y me miraba con el orgullo que siempre deseé, no pude aguantar mis lágrimas y corrí hacia él. Su abrazo cálido dijo todo.

Después de concluida la ceremonia, noté a una pareja llorando desconsoladamente frente a la gran foto de Colton, un escalofrío recorrió mi cuerpo. Eran sus padres.

Me quedé tiesa a solo unos pocos metros de ellos, no pude moverme, quería hablarles, pero no sabía las palabras correctas, me odié por eso. La rubia mujer giró para alejarse y por un breve momento cruzamos miradas, no reaccioné, solo nos miramos, se podía ver el dolor a través de sus ojos y sé que ella notó el mío.

Me quedé parada viéndolos alejarse, su hijo había significado mucho para mí y no fui capaz de enfrentarlos.

Sumergida en mi remordimiento una mano toca mi hombro. Volteé y ahí estaba Travis. Me sonrió cálidamente; llevaba su uniforme de gala.

Apenas lo vi nos abrazamos. Me hundí en su pecho como solía hacerlo. Aún me recordaba a Jason.

—te extrañé Amelia — dijo con su voz suave.

Me alejé rápidamente de su abrazo pensando en Chase, no podía confundir más las cosas.

—y yo a ti Travis —sonreí.

Hizo un movimiento para tratar de besarme y lo esquivé.

—lo siento Travis yo...

—es por Chase ¿verdad?

Desvié su mirada, me sentía mal porque Chase no estaba aquí y ahora me sentiría peor por hacerle esto a Travis.

—sí. Es por él —contesté sin titubear.  
Tomé coraje y lo miré. El joven teniente frunció sus labios y luego suspiró.  
No parecía enfadado.  
—ya lo imaginaba —confesó.  
—¿por qué?  
—aquella vez en el incendio, lo vi en tu mirada.  
Si antes me sentía peor, ahora me odiaba a mí misma.  
—lo siento Travis, nunca creí que me enamoraría de él, no después de ser tan duro conmigo.  
—sin darte cuenta ya te habías enamorado de su frialdad.  
Se acercó y me dio un tierno beso en la frente.  
—eres una chiquita valiente —sonrió— él te merece, yo tenía a Emily, ahora él te tiene a ti.

Me entregó una carta y se alejó. Lo observé recordando sus palabras.  
La vez que Chase me habló duramente bajo la lluvia, vino a mi memoria.  
Tal vez si ya estaba enamorada de su frialdad.

## Capítulo 16

Después de la ceremonia, luego de que los presentes se fueron, me detuve para examinar esa misteriosa carta. Me senté en una banca frente al campo de entrenamiento.

El atardecer me iluminaba.

Desde el exterior solo era un típico papel sin nombre ni fecha, pero al abrirla mi cuerpo se tensó.

En ella había una foto de Chase en el campamento, a su lado una nota escrita con su puño y letra.

*"Amelia, según mis condiciones te estarán entregando mi carta el día en que una medalla de honor cuelga de tu pecho. Felicitaciones, eres una gran y feroz guerrera. Ya te lo había dicho una vez, no eras la chica que creí que eras y ahora me siento muy orgulloso por eso. Quisiera estar ahí para acompañarte en cada momento, pero como tú bien sabes, no sabemos cuánto tiempo estaré acá, tal vez pasen días o meses o años. Pero por lo que más quieras Amelia, espérame. Espérame y te prometo que valdrá cada segundo. Volveré, lo prometo y lo haré por ti. Con amor, Chase."*

Un nudo se formó en mi garganta mientras mis lágrimas caían desenfrenadamente por mis mejillas.

Levanté la vista hacía el ocaso sol que se ocultaba.

Te esperaré Chase, pase lo que pase, cueste lo que cueste, volveremos a estar juntos.

## Capítulo 17

### Epílogo

Un año después me encontraba en viaje hacia el norte iraní. Íbamos directo a la misma guerra con la que nuestro país luchaba hace 5 años. El viaje era largo y cansador, pero dentro de mí tenía una mínima esperanza de reencontrarme con Chase.

Luego de la primera y emocionante carta, fue así como nos empezamos a comunicar, según la última, él y su pelotón estarían en el sur. Solo nos separaban miles de kilómetros de desierto, pero no perdía la fe. Al fin y al cabo, era una niña muy testaruda.

A un día de haber llegado, estábamos en el campamento, yacía recostada en la fina arena observando el despejado cielo. Las estrellas lo iluminaban tan delicadamente. En ese momento una sensación de alivio recorrió mi cuerpo, sonreí, sabía que él también las estaba viendo.

Antes del amanecer partiríamos hacia el exterior. Nuestra misión consistía en espiar el territorio enemigo. Nos informaron que últimamente ha habido muchas emboscadas a lo que respecta nuestro ejército. Así que nos ordenaron que marcháramos con sumo cuidado y que en todo momento protegiéramos al compañero.

El sol comenzaba a despertar y el fresco viento se tornaba cálido. Partimos con sigilo hacia nuestro deber.

Unas horas más adelante nos encontrábamos investigando los alrededores. Observé con los binoculares cada espacio, hasta que algo me llamo la atención. El nefasto General que me mantuvo cautiva, iba arribando a ese edificio. De inmediato le avisé a mi superior. Algo no cuadraba, ya que ese General no pertenecía a ese bando rival.

Como nos habían ordenado, nos mantuvimos observando detenidamente a 2000 metros.

Aunque internamente quería volarle la cabeza de un tiro, permanecí calmada sin actuar por impulso.

Después de 10 minutos, hubo movimiento. Los viejos Generales junto con otro comandante de distintos bandos salieron apresuradamente.

Se adentraron a un automóvil y éste comenzó su marcha al instante.

—¿señor? — pregunté ansiosa mirando a mi superior, era nuestra oportunidad.

No quería que se marchara, no esta vez. Podía y estaba completamente segura de que mi precisión daría en el blanco a esa distancia.

El automóvil estaba a pocos metros de la instalación, cuando ésta que estaba completamente despejada, explotó.

Nos quedamos atónitos mirando el suceso. Se podían escuchar los ecos de voces quemándose.

Era una concentración.

Mi respiración se agitó frenéticamente.

— ¡señor! —reaccioné mirando fijo a mi superior, éste no se inmutaba a tan inesperada acción.

—¡señor por favor! —supliqué y nuestros ojos se encontraron. Sabía lo que quería realizar. Frunció el ceño.

—hazlo —ordenó.

Me posicioné rápidamente, el tiempo pasaba y se alejaban cada vez más.

A casi 2900 metros disparé.

Una de las llantas explotó volcando el vehículo, los oficiales salieron tambaleándose tratando de salvar sus vidas.

Desde lo más profundo del desierto sonreí, la mira telescópica daba justo en el blanco.

Unos a uno fueron cayendo.

Había matado a los líderes de esta absurda guerra y era un paso más para la paz.

Esas almas perdidas ahora tendrían justicia.

Después de que todo terminó, no podía despegar mis manos del rifle, mi

cuerpo temblaba y en un suspiro cerré los ojos.

Estos se humedecieron al instante, no le deseaba a nadie lo que era vivir esta guerra, pero me mantuve fuerte hasta el final.

Solo dependía de eso, fortaleza.

Esa noche volvimos al campamento, soldados y oficiales superiores festejaban nuestro triunfo. Fingí estar alegre, pero por dentro lloraba de angustia, esta guerra se había llevado personas valiosas en mi vida y me había separado otras, ahora solo me sentía vacía.

Solo necesitaba la sensación de seguridad que solo él me daba. Chase.

Al día siguiente nuestro líder fue trasladado de regreso a nuestro país.

Después de que todo concluyera, nuestra siguiente misión era rescatar a los inocentes prisioneros de esas perturbadas instalaciones.

Ese mismo día caminaba en dirección a la carpa de mi pelotón. Cada soldado a mi paso me asintió con orgullo, yo en cambio les devolvía una sonrisa amable.

Con mi gesto serio crucé la lona verde que me separaba de mis compañeros. Fruncí el ceño cuando los encontré en perfecta formación con su mentón en alto. Me miraron de reojo y tragaron saliva.

De espaldas y mirando fijo a la tropa se encontraba el nuevo jefe de pelotón.

Era alto y fornido, pero mi corazón dejó de latir y solo significaba una cosa.

—Chase —dije en un susurro.

El oficial se dio vuelta y dejó ver una tierna sonrisa, sus ojos enamorados comenzaron a brillar apenas verme. Mi cuerpo se estremeció y una lágrima más rozó mi mejilla.

Con su cálida mano la atrapó.

—teniente Houlton para ti niña.

**Fin.**